

Eduardo Pérez dal Lago

APROXIMACIÓN BÍBLICA AL ENIGMA DE LA IDENTIDAD PERSONAL

El misterio del propio nombre



Nuevohacer
Grupo Editor Latinoamericano

APROXIMACIÓN BÍBLICA
AL ENIGMA DE LA
IDENTIDAD PERSONAL.

EL MISTERIO DEL PROPIO NOMBRE

Eduardo Pérez dal Lago

APROXIMACIÓN BÍBLICA
AL ENIGMA DE LA
IDENTIDAD PERSONAL

EL MISTERIO DEL PROPIO NOMBRE

 **uevohacer**
Grupo Editor Latinoamericano

Colección TEMAS

1ª edición

ISBN 950-694-440-7

Nada obsta a la Fe y Moral católicas para su publicación.

Pbro. Ricardo M. Román

Censor

Puede imprimirse.

S.E.R. Mons. Jorge Mario Bergoglio

Vicario General del Arzobispado de Buenos Aires

Buenos Aires, 17 de noviembre de 1995.

© 1995 by Grupo Editor Latinoamericano S.R.L., José A. Cabrera 3070,
(1186) Buenos Aires, Argentina. Tel. 962-7172.

Queda hecho el depósito que dispone la ley 11.723.

Impreso y hecho en la Argentina. Printed and made in Argentina.

Colaboraron en la preparación de este libro:

Diseño de tapa: Pablo Barragán. Composición y armado: José-Luis — Servicios Gráficos. Impresión interior: Edigraf S.A. Impresión de tapa: OffsetDifo. Películas de tapa: Solución Gráfica. Encuadernación: Proa S.R.L. Se utilizó para el interior papel GB de 70 g y para la tapa cartulina Chambryl de 240 g provistos por Copagra S.A.

PRÓLOGO

Sólo en el seno de la tradición cristiana la meditación espiritual sobre el Nombre de Dios (Evangelio de Juan) y los nombres de la persona divina (Dionisio Areopagita, Fray Luis de León), y el nombre propio de la persona humana, podían aspirar a llegar a la plenitud de su ejercicio.

Es cierto que los filósofos platónicos vislumbraron al Bien inefable más allá del nombre y que las escuelas rabínicas judías han entendido que después del sumo sacerdote Simón el Justo, el nombre de Dios, de pronunciación reservada, se ha transformado en nombre separado de los apelativos que lo describen y humanamente impronunciable (*shem hammephorash*). Por otra parte, los Vedas y el hinduismo a continuación, declaran la potencia de *namarupa* (el nombre-forma) para subrayar que la superaba del Brahman absoluto, "del que huyen las palabras"; pero únicamente la fe cristiana, en la trayectoria de la concepción bíblica de la Palabra que es creadora y recreadora, ha llegado a profesar que el nombre de Dios es el Señor (*Epístola a los Hebreos* y *Epístola a los Filipenses*); que el nombre del Padre es el Hijo (San Justino mártir), y que sólo por este Nombre, sus poseedores legítimos pueden llamarse "cristianos". Sus creyentes por él sufren y por él son glorificados (Ignacio de Antioquía). Fortalecidos por esta convicción se podía proclamar en los primeros tiempos de la Iglesia: "Si dices, soy un hebreo, nadie se perturbará. Si dices, soy un romano, nadie temblará. Si dices, soy un griego, un bárbaro, un esclavo, un hombre libre, nadie se inquietará. Pero si dices, soy un cristiano, todo el mundo temblará".

El nombre no sólo insituye y distingue sustancialmente en el designio secreto del Padre, sino que al mismo tiempo es garantía para la propia

existencia en tren continuo de fidelidad, realización y configuración. Por eso el existente humano no sólo tiene asignado y escrito amorosamente su nombre en el Libro de la Vida (*Henoc Etiópico, IV Esdras, Epístola a los Filipenses*), sino que también cuando lo revele en su plenitud desde la existencia libre y generadora de fruto ante el Nombre del Cordero (*Apocalipsis*), superando el exilio terrestre, cumplida la misión genuina y respondiendo a la vocación irremplazable, reinará eternamente entre los justos.

El autor de *Aproximación bíblica al enigma de la identidad personal. El misterio del propio nombre*, Pbro. Eduardo Pérez dal Lago, con sensibilidad y conocimiento, se ha colocado en esta encrucijada de múltiples proyecciones culturales de Oriente y Occidente que se concentran en el tema del nombre y al que ha dado plenificación el pensamiento y la práctica cristiana. Se ha constituido de este modo por su obra en un testigo de nuestros tiempos oscuros de desacralización, pero también momento de manifestaciones promisorias de lo sagrado y, entre estas notas, no es el signo menor el de la revitalización de la voluntad de ecumenismo entre las religiones. Ha sabido, por lo tanto, captar un indicio que parecería discordar entre las pautas que pretenden dominar el espectro cultural, y gracias a ello calar en la profundidad excepcional que representa la singularidad universal de la sabiduría de nombre único, exponiendo varios de los aspectos de su inusitada riqueza en el bello ensayo que pone a disposición del público.

Esta reflexión sobre el nombre que hemos podido leer, fiel a su propia perspectiva religiosa original, no carece de impulso recreativo; por eso no sólo invita al lector a rastrear las raíces ocultas de la gran tradición de la cultura occidental de que se nutre a través de frutos que provienen de la Escritura y que han inspirado a poetas, a pensadores, a figuras virtuosas y a santos.

El libro, siguiendo el consejo pedagógico de San Agustín de informar, complaciendo y conmoviendo al que atiende, sin proponérselo, incita las inquietudes dormidas de todo lector. De esta manera será posible que aparezca en su interior la originalidad inédita del nombre propio, el que anhela brillar con su propia luz, es decir, como la manifestación clara de quien en el origen lo evocó, por la individual responsabilidad y empeño.

Francisco García Bazán

Decano del Departamento de Filosofía de la
Universidad Argentina John F. Kennedy
Investigador Principal del CONICET

INTRODUCCIÓN

Nuestro tiempo paradójico extiende los límites de la comunicación más allá de fronteras insospechadas y se aturde en el ruido que cierra la misma posibilidad del entendimiento mutuo. Es necesario volver a gustar el don magnífico de la palabra. Ella no sólo transmite un concepto; al hacerlo, lo hace más fácilmente cognoscible. La palabra da objetividad a los pensamientos. En algunos casos define y en otros sólo describe aquellas imágenes que en el interior de nuestras mentes guardan, a veces, los márgenes confusos. Debemos aprender, también, a valorar la palabra en su expresión escrita. La impresión de esa comunión de letras en el papel no sólo supera la subjetividad, sino también el paso del tiempo. El dicho popular: "La palabra vuela, pero la letra permanece", guarda esta sabiduría en su expresión más sencilla.

Así, cada vez que enfrento el papel con la intención de escribir algo, es con el propósito de ordenar mis pensamientos para superar los límites de la cabeza que los guarda. Es importante nombrar cada cosa que pasa por nuestra mente. Como de Adán, toda realidad espera de cada hombre un nombre que le permita ser conocida, expresar su misterio, ser guardada para el enrique-

cimiento de quien la conoce, o ser entregada como participación benéfica del don que nos enriquece.

Pero también es necesario reconocer el valor de otros signos que, sin ser palabras, intentan acompañar su mismo cometido. Me refiero a los símbolos, que también buscan manifestar ideas, pero a través de otra expresión plástica. El concepto que trasmite la palabra se dirige a la inteligencia para que por simple aprehensión capte su contenido. El símbolo se orienta a fecundar la sensibilidad estética, para que pueda intuir aquel mensaje que contiene.

Este ensayo es el intento de expresar en palabras y signos el resultado de un buceo interior tras la pregunta fundamental: ¿quién soy?, ¿cuál es mi verdadero rostro?, ¿cómo es el nombre que me define? En realidad, no se trata del resultado final de una reflexión como si fuera una conclusión. Esta búsqueda no tiene fin, por lo menos dentro de los límites estrechos de este tiempo.

Se trata, simplemente, de la expresión del estado actual en mi mente de una cuestión que acompaña mi vida. Es el intento de alcanzar una respuesta a la pregunta sobre la propia identidad. ¿Quién soy en verdad? Es el misterio del propio nombre, de aquel que encerrado dentro de mis mismos límites, sin embargo, me trasciende. Es el arcano primero de mi identidad, de aquello que se esconde tras una palabra que al escucharla me hace sentir interpelado, de un nombre que me designa, de un rostro que me identifica.

Si pienso en mi nombre, se forma en mi mente un concepto complejo que intenta inducir —de imágenes, percepciones externas, sensaciones internas, recuerdos, juicios ajenos y roles sociales— una conclusión adecuada que representa lo que yo soy para mí mismo. Este concepto que nunca se explicita suficientemente está en constante elaboración. Sin embargo, ¿ése soy yo? ¡Cuántas veces experimento el no conocerme, el ser un misterio! ¡En cuántas oportunidades al presentarme ante el espejo de la autorreflexión me enfrento a un desconocido del que poco sé y que me asombra con actitudes inesperadas!

Al no encontrar en mi mente la respuesta al misterio de mí mismo, debo recurrir al otro. Busco en aquellos que me conocen la clave que haga de mi arcano un concepto inteligible. Así es como cada vez que reconozco la limitación de mi propio conoci-

miento, recorro a los ojos de los demás, ¿Cuál será mi nombre para ellos? ¿Qué concepto corresponde en las mentes de las personas que me conocen a esto que soy yo mismo?

La mirada del otro siempre puede agregar algo sobre este misterio. El otro tiene la distancia y perspectiva que a mí mismo me falta para conocerme y juzgarme. El aporte es más eficaz cuando ese "otro" me mira como algo amado. El amor mismo es un intento de conocerme en los ojos del amante. Es un anhelo por alcanzar en el otro la cercanía que da la benevolencia y la distancia que permite la objetividad. Pero en el amante encuentro ese nombre que me sugiere lo que ama en mí, pero no siempre lo que verdaderamente hay en mí de amable.

Del conocimiento que de mí mismo tienen los demás sacaré, a lo sumo, algunos indicios que sirvan como pautas objetivas en la develación del propio misterio. Pero cada definición que los otros esbozan de mí mismo conlleva el sabor de la insatisfacción. Hay algo en lo que no han reparado. Existe alguna razón para aquello que ellos interpretan de tal modo que no han percatado. El juicio de los otros siempre aparece ante mí como una simplificación de mí mismo. Es más, así como el recipiente recibe el contenido al modo del recipiente, cada "otro" elabora una versión de mí mismo que guarda mucho de ese "otro" que nada tiene que ver conmigo.

Mi nombre es un enigma cuya clave sólo Dios conoce. Sólo Aquel que entretejió mi existencia y que conoce desde dentro cada elemento que me forma puede saber mi verdadero nombre.

Sé que Dios guarda celosamente su secreto y que este arcano primordial no nos será revelado hasta el día en que frente a Él podamos conocerlo todo según su propia sabiduría.

Entiendo, por supuesto, que el propósito de este ensayo es inalcanzable, pero ¿cómo dejar de escribirlo? La palabra que con magia inefable se engendra en nuestra mente insiste en expresarse. Conozco las limitaciones del lenguaje, sé que si manifestáramos con mayor transparencia lo que pensamos habría menos desentendimientos. Hastiado por los malentendidos, uno siente la tentación de proponer abolir las palabras que tantas veces llevan a la discordia. Con gusto evitaría expresar estos pensamientos que en mi mente siento seguros, y en palabras presiento confusos; pero el concepto gestado busca nacer en la palabra que lo exprese.

Cuántas veces frente al espejo me he preguntado por la razón de mi imagen. Cuántas veces me cuestiono el porqué de estos rasgos que me presentan ante el mundo sin que yo los haya elegido como míos. Quizá hubiera preferido otro rostro, pero es éste detrás del cual todos deben reconocermé. Este rostro que yo recibo como algo "dado" es la imagen en la que yo mismo debo encontrarme.

El misterio de mi propia imagen no puede resolverse en la genética que, con álgebra curiosa, intenta demostrarme que debo mi nariz a mi abuela paterna y mis ojos a la materna. Mi pregunta sólo puede obtener respuesta de quien, sin azar ni capricho, mezcló mis genes como el pintor que con destreza obtiene en su paleta los colores que antes de existir en su obra coloreaban su imaginación creadora.

¿Quién entretejió mi camino, quién bordó con un hilo invisible el andar de aquellos hombres y mujeres que al encontrarse y amarse dieron origen a mi sangre? ¿Cómo se formó ese fluido curioso que transita por mis venas para alimentar la función de cada órgano? ¿Quién imaginó esa química extraña que de la unión de dos mismos principios obtuvo productos tan desaparejos? ¿Quién alentó con su soplo esta alma que vivifica mi cuerpo? Y, ¿quién condujo la historia iluminando cada decisión libre y planeó las circunstancias determinantes que condujeron a que un día apareciera sobre el mundo esto, que soy yo mismo?

Puede parecerle a alguno egoísta mi preocupación, como si no hubiera —fuera de mí— objeto que mereciera atención. Alguien puede incluso creer que las razones de Narciso me mueven a contemplarme a mí mismo. En verdad, no podrían equivocarse más diametralmente. Mi interés no se funda en la autocomplacencia que produce reflexionar sobre uno mismo, sino en el asombro. Todo en mí habla de otro. Mirarme es dirigir la vista a quien me hizo.

Otros pensarán que me falta autoestima, o que me engaño, al poner fuera de mí aquel que puede definirme. Sé que algunos creen llegar a autoconocerse cuando contemplan su propio ombligo, sin recordar que éste no es más que un signo sensible de que debemos nuestro mismo ser a otro.

También habrá quienes crean que ni Dios, ni nosotros, tene-

mos la clave de nuestra autocomprensión. Hay quienes consideran que es la sociedad quien al establecer roles marca los criterios para caratular a cada uno con un nombre. Pero la sociedad no conoce mi misterio. Sus rótulos surgen de las generalizaciones que me desnudan de todo mi ser individual y concreto. Movida por la ley del número busca alcanzar el consenso, pero no necesariamente la verdad. El consenso es el común parecer con respecto a algo, la verdad es la adecuación de nuestro parecer con la realidad. Una mentira sostenida por una multitud no pierde por esto su falsedad radical.

Creo que estos también se equivocan. El mundo se mueve con cánones forzados como las medidas de camisería. Con un lecho más cruel que el de Procusto nos obliga a optar por un rótulo que nos designa. El mundo con una prolijidad patológica no soporta lo desaparejo. Dios se toma el trabajo de crearnos distintos, pero los hombres nos ensañamos en refundirnos en moldes. Con razón Ortega y Gasset afirmaba que el mundo era como una gran muestra de cuadros con muchas copias y pocos originales. Encuestas de casilleros nos crean escrúpulo ante la originalidad y alarma frente a la desigualdad. Para dar una respuesta a la pregunta sobre el misterio de nuestro ser se fuerza nuestro nombre hasta integrarlo a algún arquetipo; lo importante es que nada desentone.

No, ciertamente, ni yo, ni quienes me conocen y me aman, ni quienes me juzgan y me definen, pueden pronunciar ese nombre que es anterior a mi misma existencia.

Todos los seres, una vez que existen y son conocidos, son nombrados por el hombre. Es nuestro intento de definir el mundo que nos rodea. Pero el límite de nuestra inteligencia es el misterio. El nombre que engendra nuestra mente primero es interior a nosotros mismos y luego se expresa en la palabra para hacerse comunicable y así poder compartir con otro el don de conocer. Pero quien creó todo lo que existe, nombró los seres antes de que existieran. Su conocimiento ha de ser radicalmente distinto del nuestro. Es un conocimiento que funda nuestro mismo ser. Es el conocimiento sin horizontes que Dios tiene de cada cosa.

Nuestro nombre se anticipaba en la mente de Dios a nuestro caminar en la historia. Esa primigenia existencia como una palabra

que nos designa y define es el fin de esta busca. Aquel sueño eterno de Dios, aquel proyecto desde siempre pensado, aquel intento divino de mostrar su Imagen en esta forma humana, aquel conocimiento de mí, anterior a mí y en el que yo mismo me fundo, es la clave que permite descifrar este arcano de la propia identidad.

Aquella idea que movió su primer y único acto creador ya me incluía. Dios recorría en un solo paso todos los siglos de historia que me separaban de la existencia. Aquella presencia en la mente de Dios que me hizo solidario por naturaleza al pecado del primer hombre, que me unió al mismo destino de vivir la falta de armonía, que me alentó con la misma esperanza de un Redentor; aquel enigma inalcanzable para mi mente es el objeto de este ensayo cuyo último capítulo tendrá a Dios por autor y será leído en el cielo.

Capítulo 1

ACCESO AL MISTERIO DEL PROPIO NOMBRE

*Vivo mi vida en círculos concéntricos
que se abren sobre las cosas.
No podré cerrar el último tal vez,
pero habré de intentarlo.*

*En torno a Dios, antigua torre,
giro y giro por milenios;
todavía no sé si soy tormenta,
halcón o gran cántico.*

Rainer M. Rilke

Nuestra vida cognoscitiva gira en torno al misterio del ser de las cosas con la ilusión de abarcarlo y hacerlo nuestro por la vía de la comprensión. Giramos alrededor del ser y estrechamos nuestro cerco con la esperanza de alcanzar su núcleo. Por siglos vagamos en busca del divino origen de las cosas, errantes en el doble sentido del verbo errar. Es el constante peregrinar de nuestra inteli-

gencia que no se siente satisfecha, sino con la última respuesta. Y en este secular intento somos tormenta que se escurre por sus muros, halcón que sobrevuela y distante observa y cántico que se contenta con proclamar la grandeza y antigüedad de esta torre inexpugnable.

El ser se nos devela y oculta en este divino juego que entretiene nuestras horas de ocio desde el día en que abrimos los ojos al mundo y la realidad se nos presenta como un delicioso enigma que merece ser descifrado. Somos constante tormenta que de esta antigua torre moja la superficie y en un milenario esfuerzo busca penetrar su pétrea coraza y horadar su altiva defensa. Como intrépidos halcones desde la audacia de nuestra altura pretendemos agotar nuestro objeto sin recordar que la distancia empequeñece lo inmenso dándonos la errada ilusión de abarcarlo. Somos juglares del eterno cántico de alabanza que entona la creación al mostrar la impronta de su origen.

En nuestro arduo acceso al ser debemos partir de la real convicción de hallarnos ante lo ciertamente cognoscible, pero nunca abaricable. En este sentido hablamos de misterio, de aquello que podemos entrever, pero nunca agotar. El misterio es aquello que supera nuestra razón. No se trata de algo irracional, sino superrracional. Ante el misterio nos enfrentamos a dos tentaciones igualmente falsas: la del agnosticismo que niega la misma posibilidad del conocimiento y la del racionalismo que se arroga la potestad de comprenderlo todo.

Esta es nuestra grandeza y limitación, y si el anhelo es más grande que el poder, de algún modo será saciado por quien es todopoderoso. Para acceder a este arcano debemos partir del humilde reconocimiento de nuestro límite. Nuestro mundo, engrdeído por los avances de la ciencia, cree no tener fronteras. Sin embargo, el misterio será por siempre igualmente inaccesible. Nuestra inteligencia y nuestra voluntad deben aceptar que el misterio es el horizonte de su poder.

El ser y su divino fundamento permanecen como "la roca inamovible en la profundidad de la naturaleza"¹. El misterio del

¹ Alois Gügler, *Die heilige kunst*. Landshut, 1814, p. 45.

ser aparece como lo inmenso, aquello que nos supera en anchura y profundidad; como un océano que extiende sus aguas más allá del horizonte sensible y del cual sólo conocemos las olas que bañan nuestra playa.

Parafraseando a Rilke: no podremos cerrar el último círculo, tal vez, pero habremos de intentarlo. Algún esfuerzo debemos hacer para aquietar ese divino impulso que nos lleva a “descubrir en cada forma y en cada vida aquel estigma sagrado que las define y las contiene”². Ese “estigma sagrado”, esa impronta del Creador, esa huella del paso por su origen que guarda toda creatura es lo que nos atrae en el impulso por conocer el nombre que en la mente de Dios anticipó nuestra misma existencia. Nuestra vida puede distraerse con otras búsquedas, pero, si queremos llevar una existencia auténtica, no podremos dejar de peregrinar tras nuestro nombre verdadero. Sabemos que jamás alcanzaremos nuestro objeto con las propias fuerzas, pero “habremos de intentarlo”...

La respuesta última de nuestro peregrinar no puede estar sino en Dios. “Así como parten del sol muchos rayos hacia la tierra/ así parte de Dios un rayo al corazón de cada cosa./ En ese rayo cada cosa se funde con Dios,/ y cada cosa se siente así procedente de Dios.../ Más bien tienes que ascender a Dios por su rayo/ y descender a la cosa en su rayo./ Verás entonces la cosa tal como es, no como parece,/ como tú la ves, unida contigo en Dios”³. Sólo Dios ve las cosas tal como son, porque —en realidad— las cosas son tal cual él las ve. Ese rayo de Dios en el corazón de cada cosa es el que las hace inteligibles, es su explicación, su esencia. Ese rayo es su excusa, el porqué de su existencia.

La esencial apertura al infinito de nuestra condición espiritual no nos permite desfallecer en la difícil y apasionante tarea de ingresar y progresar en el conocimiento del ser. Creador y creatura aparecen a los ojos del alma como fascinantes objetos de contemplación.

Como “el poeta que va a hacer un poema tiene el vago senti-

² Ramón del Valle Inclán, *La lámpara maravillosa*. Austral, Buenos Aires, 1948, p. 118.

³ Friedrich Rückert, *Weisheit der Brahmanen*.

miento de que parte hacia una cacería nocturna en un bosque muy lejano⁴, aquellos que intentamos acceder al poema del ser tenemos la cautivante sensación de enfrentarnos a lo misterioso, lo clarooscuro, lo cercano y —a la vez— distante. Ciertamente nos adentramos en una cacería nocturna, nuestra presa se nos escapará mil veces tras las sombras de la noche. Sólo el alba con su luz nos permitirá alcanzar nuestra meta. Pero no está en nosotros adelantar la aurora.

“Nosotros somos los buscadores y somos la meta./ Somos viajeros, somos camino y también posada⁵. Somos eternos caminantes, exploradores de nuestro propio ser, buscadores de nuestra esencia. Nuestra nave y nuestro puerto somos nosotros mismos, pero sólo en Dios podemos alcanzarnos.

Lo inabarcable del ser se presenta a nuestros ojos de manera distinta. El ser de naturaleza material aparece como comprensible, aunque nunca agotable en su extensión por la riqueza y variedad de sus expresiones. No nos excede por su profundidad, sino por su magnitud. El ser espiritual, por una parte, resulta accesible a las potencias del alma por su connaturalidad inmaterial, pero en su misma comprensión se resiste a nuestra captación, como todo lo arcano.

Nosotros, como “abejas de lo invisible” (así llamaba Rilke a los artistas), nos afanamos por descubrir el enigma de ese ser curioso y complejo que aúna la materia y el espíritu, de ese ser cuya naturaleza llamamos “humana”, cuya individualidad nombramos “persona” y cuya existencia concreta se da en “esto” que soy yo mismo, en “esos” que me rodean y en todos “aquellos” que existieron o existirán con un nombre que sólo Dios conoce.

Podríamos intentar ingresar en el misterio del nombre por la vía deductiva, partiendo del concepto universal de hombre y aplicando el rigor lógico de los silogismos para obtener conclusiones que posean el aval de la certeza. Pero el concepto que alcancemos sobre la propia existencia, como aquello “concebido” por nuestra mente, nunca llegará a superar nuestros límites.

Otro camino podría ser el inductivo, que supone comenzar

⁴ Federico García Lorca, *La imagen poética*.

⁵ Dshelaleddin Rumi.

nuestro recorrido en la contemplación de cada ser individual para arribar, por los mecanismos de la confrontación y las normas de la similitud, al descubrimiento de aquello común que poseen los miembros de una misma naturaleza. Pero este esquema que serviría para alcanzar nuestra condición racional o la propiedad social no bastaría para acceder a nuestro nombre escondido. Buscando el nombre no podremos salir del caso concreto más que en lo que hermana el destino de todos los hombres. La misma razón de la existencia de una multiplicidad de hombres se basa en esta distinción nominal. Aquello que Dios pensó con originalidad debe existir como único.

"Dancemos a la manera de las estrellas/ en la mano del Señor./ Seguid el curso y el fulgor/ de todas las luminarias celestes/ ¡y eso es establecer aquí el cielo!/ Cada estrella tiene sus cometidos/ en la danza del Señor"⁶. Cada estrella tiene un nombre que justifica su curso y su fulgor. La danza celestial nos enseña el modo de establecer aquí en la tierra una armonía similar. Cada hombre tiene un nombre, cada hombre tiene un camino, cada hombre tiene una identidad, cada uno tiene un cometido, una razón, un porqué que sólo Dios sabe.

Por eso el punto de partida de este ensayo ha de ser el reconocimiento de hallarnos ante un misterio. Sin este primer paso no podremos proseguir sin error nuestra marcha. Entramos en esta "cacería nocturna" conscientes de que la oscuridad de la noche y lo compacto y distante de este "bosque" harán dificultoso nuestro andar.

Nuestra tarea será ingresar en el mundo de lo que Dios nos ha dicho de nosotros mismos. Será un intento por descubrir en los nombres que Él mismo nos ha revelado las claves para acceder al misterio de nuestra propia identidad.

⁶ Joost Van den Vondel (poeta renacentista holandés).

Capítulo 2

UN NUEVO NOMBRE

“Es preciso, para hablar a las gentes angustiadas, volver a la sencillez esquemática de las parábolas y de los símbolos”¹.

Si nuestra existencia es sólo un eco en el ser de nuestro nombre divino, si primero existimos como un concepto en la mente de Dios que se fue escribiendo desde el principio de los tiempos para en su momento oportuno convertirse en palabra, nos hallamos ante un dilema: cómo acceder a aquello que nos excede.

La respuesta total de nuestro enigma sólo podrá develarse cuando el Verbo eterno de Dios nos muestre sin velos en su imagen humana el rostro divino que oculta. Ese será el fin de nuestro peregrinar. En Cristo cada hombre reconocerá su verdadero nombre. En Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, la divinidad se nos hace accesible. Cristo es el rostro humano de Dios, la respuesta última de todos los hombres. Sólo en el abrazo

¹ Gregorio Marañón, *Los deberes olvidados*, en *Raíz y decoro de España*. Espasa-Calpe, Madrid, 1965, p. 109 ss.

eterno de Dios podremos conocer como él conoce. Podremos, entonces, develar el secreto de nuestra real identidad.

El pleno acceso al misterio de la Palabra divina nos está reservado para el cielo; pero ya en nuestros tiempos, Dios —con la impaciencia propia del amante— nos ha querido manifestar algo de su arcano. Dios ha hablado y hasta su silencio ha sido más elocuente que las palabras. Dios ha actuado, su presencia ha acompañado nuestros pasos con signos y acciones. El andar de nuestra barca por los mares de la historia ha tenido sus estrellas. Dios nos conduce a su puerto seguro.

El Dios cercano y amistoso del paraíso guarda un discreto silencio después del pecado. Ese rostro que hacía gratos los días primeros de Adán se esconde para no herir con su belleza la fealdad del hombre en pecado. Dios sabe que la tiniebla no resiste a la luz y por eso se opaca, tras el velo de la fe, para no enceguecernos con su presencia.

Y los hombres, privados de ver aquello que hace amable la vista y de escuchar lo que endulza el oído, crearon sus ídolos para con su visión consolarse del vacío de no tener a Dios dentro de su horizonte sensible. Siglos de oscuridad y silencio, siglos de soledad y espera hasta el día en que Dios llamó a Abraham para hacerlo fecundo. Desde entonces la historia volvió a ser testigo de la acción develada de Dios.

Pasaron los años y desde Egipto llamó Dios a su pueblo (Os. 11,1) y llevando a Moisés al desierto le reveló su Nombre para liberarlo. Y ese nombre —“yo soy el que soy”, “yo soy el que estoy en medio de mi pueblo”, “yo soy la presencia más íntima de todas las cosas”— empezó a manifestarse en la providencia que expresó la cercana intimidad de Dios. Las aguas teñidas del Nilo y el endurecimiento del corazón del Señor de Egipto proclaman también la presencia de Dios. Y ese “estar” resuena en el camino abierto por el Mar Rojo y en el maná diario que alimenta al pueblo peregrino. Dios grita su presencia en el trueno, la zarza y la nube. Y el pueblo escucha la voz del Señor y camina en la esperanza.

Ya en la tierra prometida, una vez establecido Israel, la prosperidad le hace olvidar su condición de peregrino. Y Dios —que siempre está— suscita de entre el pueblo profetas que proclamen

su nombre. Ellos deben despertar a sus hermanos del sueño que los retrasa en el camino. La búsqueda aún no ha concluido. El hombre aún no sabe su nombre.

También la historia de este Pueblo recuerda la presencia de Dios y la misión caminante de sus elegidos. Dios habla una y otra vez. Su voz es victoria en la batalla o fracaso, deportación y exilio. Todo sirve para expresar su enseñanza. Dios se vale de cualquier medio para manifestar ese "yo soy" que lo define. Angeles mensajeros, hombres inspirados, susurros nocturnos (Sam. 3,3), sueños esclarecedores (Gén. 28,12), y hasta la terquedad de una mula (Núm. 22,28) proclaman la presencia de Dios con una elocuencia que excede las palabras.

Los símbolos también pertenecen al lenguaje divino. Dios en su paternal pedagogía conoce que la expresión simbólica condice armoniosamente con nuestra naturaleza cognoscitiva. El lenguaje simbólico es el primer recurso expresivo del hombre. Los niños, hasta aprender el hábito del lenguaje, se manifiestan por signos. El signo se adapta perfectamente a aquellos casos en que dos interlocutores poseen distintos niveles conceptuales. Esto, que se ve claramente cuando nos enfrentamos ante quien no conoce nuestro idioma o no comprende nuestras expresiones, también permite saltar la abismal distancia y comunicarnos con Dios. Sus conceptos superracionales se adaptan tan forzosamente a nuestras palabras que muchas veces no encuentran mejor medio expresivo que el signo. Quien sepa encontrar a Dios con más facilidad en un amanecer que en la definición de Ser subsistente comprenderá a qué me refiero.

El símbolo no pretende ser un deficiente sustituto del concepto, sino su más perfecto complemento. Si el campo del concepto es la definición, lo propio del símbolo es la sugerencia. El concepto, al definir, delimita, es decir, pone límites; por eso con dificultad designa lo inefable, cuya misma esencia consiste en superar los horizontes humanos. El símbolo evoca, trae a la conciencia una presencia que no pretende circunscribir porque reconoce como inabarcable. El símbolo me permite superar las fronteras del concepto y "dar un salto a la trascendencia, a un plano de realidad situado allende al mundo de los meros objetos... El acceso a la trascendencia sólo puede ser fruto de una

voluntad expresa y esforzada de encuentro, visto como un acontecimiento creador de ámbitos interaccionales². El símbolo es la llave que nos abre la puerta de un mundo latente en el plano sensible, cuya virtualidad se realiza plenamente en el campo de la trascendencia, como abrazo dinámico y transformante de dos cosmos que se encuentran.

El conocimiento simbólico no pretende reducir la realidad a la condición de objeto abarcable, agotable en su comprensión, delimitable. El símbolo nos invita a mirar la realidad por dentro, comprometidamente. Se le puede aplicar la definición gnoseológica de Gabriel Marcel: "Je ne suis pas au spectacle". No se es un mero observador del símbolo, su misma presencia nos exige una respuesta vivencial, nos motiva e interpela a tomar posición frente a su experiencia.

Es verdad que hay conceptos que expresados por el símbolo pierden su universalidad y precisión, pero es un riesgo necesario porque hay realidades que se ocultan a la aprehensión intelectual para manifestarse sólo por la metáfora.

En la automanifestación de Dios a su creatura vemos que el Creador usa "lazos humanos" (Os. 11, 4), utiliza todos los medios expresivos propios de nuestra naturaleza para expresar la Palabra divina. Aquello infinitamente simple en la mente de Dios no deja de pronunciarse en cada instante y en cada cosa. Cada partícula de ser es un grito —muchas veces desatendido— de Dios. Cada hecho y cada cosa guarda el mensaje escondido de Aquel que en una sola Palabra define toda la realidad.

Para proseguir en nuestro peregrinar tras el misterio de la propia identidad ya no basta con recordar que nos enfrentamos a lo arcano que supera nuestras propias luces cognoscitivas. Ahora debemos ingresar en nuestro camino conscientes de que cada realidad tiene algo que decirnos de nuestro nombre. Debemos agudizar nuestro oído para escuchar las voces de las cosas.

Pero si Dios manifiesta su pensamiento con hechos y palabras, con signos y conceptos, con gestos y acciones, su expresión alcanza la máxima elocuencia cuando el Verbo se hace carne, y su Palabra

² Alfonso López Quintás, *Estética de la creatividad*. P.P.U., Barcelona, 1987, p. 78.

eterna se convierte en signo, gesto e historia. Jesucristo es el verdadero icono de Dios. En el abrazo personal de lo divino y lo humano la naturaleza asumida va a ser para siempre expresión y canal de acceso del hombre al misterio de su nombre escondido en el seno trinitario.

Capítulo 3

ADÁN, EL ARMONIOSO

El libro del Génesis trae el primero de los nombres del hombre: Adán.

Cuenta el relato bíblico cómo el primer día Dios creó la luz y en una sucesión diaria: el firmamento; la tierra y los mares; el sol, la luna y las estrellas; los animales celestes y marinos; los seres terrestres y —entre ellos— aquel que mandaría sobre toda la creación. El hombre no aparece como una creatura más. Su mismo ser refleja la imagen de su Creador, es aquel para quien todo fue creado. El hombre es la cima de este relato original, aparece como la cúspide; por eso cada paso de la creación va formando el marco del hombre, cada día va preanunciando algo de su nombre.

Dios crea la luz para el hombre, porque su misión será la de ver. Su visión y su inteligencia lo comunicarán con el mundo y con Dios. Como un eslabón entre la materia y el espíritu, el hombre une lo corporal con el concepto, lo concreto con lo abstracto, lo mundano con lo trascendente. La luz permitirá que las formas y los colores se conviertan en boca del hombre en una alabanza al Creador.

Con la creación del firmamento se invita al hombre a levantar

la mirada del suelo. Esta tierra es hermosa, pero esa inmensidad de azul nos recuerda el agua viva que un día saciará nuestra sed de infinito. Si en la tierra se nos muestra lo cercano, en el cielo descubrimos lo inaccesible, lo asombrosamente distante, lo que nos supera y nos abarca. El cielo será un antídoto para nuestra soberbia, ante él nos sentiremos siempre pequeños e impotentes.

El tercer día Dios crea la tierra y los mares. La tierra será nuestra morada y los mares serán nuestro límite. El hombre caminará seguro sobre lo firme. La solidez terrena dará estabilidad a sus proyectos, cimientos seguros a su crecimiento, perdurabilidad a sus obras. El mar será el horizonte, aquello que no ofrecerá firmeza a nuestros pasos, la frontera que guardará lo desconocido. Más allá de esa línea distante que une los azules marinos y celestes reinarán los sueños. Sobre la tierra el hombre construirá su historia, sobre los mares nacerá la poesía.

Entonces Dios crea el sol, la luna y las estrellas que marcarán los días y las horas; que harán cálida la mañana para el trabajo y fresca la noche para el descanso; que guiarán los rumbos del caminante y orientarán los pasos de peregrino, que contarán con su inalterable métrica los años que miden la vida.

Aparecen los animales en el cielo y en los mares. Se pueblan aquellas moradas vecinas a la humana. Estas creaturas serán una invitación a descubrir e imitar lo distinto para superar los propios límites. El hombre, con el tiempo, aprenderá a dominar los mares y a transitar los cielos mirando aquellos seres que pueden lo que a él le ha sido vedado. Serán un incentivo para que el hombre crezca, una invitación a participar en la propia transformación por el desarrollo de aquello que nos ha sido dado en forma latente.

Los animales terrestres completan el marco del hombre. Ellos compartirán su mismo medio, serán parte de su paisaje cotidiano. Para el hombre aportarán su fuerza y su destreza; del hombre serán la belleza de sus pieles, la rapidez de sus movimientos, la potencia de su energía, el sabor de sus carnes.

Así la luz de los astros, los cielos, los mares y la tierra con sus habitantes anticipan ese nombre de Adán que está por pronunciarse.

Aún el nombre sin historia de Adán guarda el misterio de la consonancia con lo anterior. El divino hacedor conserva hilvanada cada cosa que sale de sus manos. Adán no ha sido creado aún y ya

la creación musita su nombre. Todo está listo para que los labios creadores pronuncien el nombre primero de esta larga generación de hombres.

*“Como arriba, así también abajo.
Todo gira sobre la misma huella,
sol, astros, luces, mechas,
espacios, tiempos, espíritu, natura.*

*Una cosa sellada a la otra,
una embutida en la otra,
una reflejada por la otra,
espíritus, animales, fuerza, hierbas...¹*

El admirable orden celeste refleja su concordancia terrena. Todo movimiento recuerda su “antes” y preanuncia su “después”. El nombre de Adán se sugiere en lo anterior. Las cosas surgen de las manos de Dios como las letras que al escribirse van anticipando un nombre.

La etimología popular de la palabra “Adán” parece derivar de “adamah”, que designa el suelo, la tierra. Adán, el que fue hecho con el polvo de la tierra, será aquel cuya existencia tiene por escenario este mundo terreno, aquel cuyos pasos quedarán marcados en la superficie terrestre, aquel que descansará finalmente en su sepulcral regazo.

Adán, el “terroso”, convertirá con sus ojos la luz del sol en la primera mañana. Cada cosa creada será recreada una vez conocida. La tierra ya no será más virgen, ya no será más dueña de sí misma. La tierra tendrá en Adán un marido, tendrá en él un señor que la hará suya. El que la conozca la desposará, quien la nombre la adueñará y al transformarla la dominará.

Adán, el “terroso”, es quien le pone nombre a la tierra, pero la tierra no puede ser su nombre. “Terroso” es sólo una referencia

¹ Werner Bergengruen, *Die heile welt*.

a su condición terrena, es un mote que permite identificarlo, pero no descubrirlo. ¿Cuál es el verdadero nombre de Adán? ¿Qué palabra define su esencia?

Sólo Dios posee el secreto de sus propios pensamientos, pero el nombre de Adán debió ser algo parecido —al menos— a “Armonía”. ¿Qué otro nombre podría tener aquel que debe reflejar a Dios? ¿Qué otro concepto puede definir a quien resume en su mismo ser lo espiritual y lo material? Si nombre y misión se identifican porque nuestro ser responde a la finalidad para la que fuimos creados, ¿qué otra vocación puede corresponderle a quien debe ser puente de encuentro entre toda orilla, qué otra llamada puede tener el primer hombre más que la de reflejar la armonía divina?

La armonía es la proporción y correspondencia de las partes con un todo. Es la concordancia, el acuerdo, el equilibrio, la síntesis. Es la riqueza de la diversidad en la complementación perfecta de la unidad. Es el reflejo terreno del misterio trinitario que aúna tres personas en la misma naturaleza divina.

Adán, el “terroso”, es quien debió dar armonía a toda la tierra para elevar una sola alabanza. En él se abrazarían los días y las noches, los mares y la tierra. Animales que jamás se han cruzado surcarían juntos los caminos de su mente y en su memoria se hermanarían siglos de historia. Su imaginación recrearía por la mezcla nuevos habitantes de la tierra. Faunos y sirenas, unicornios y minotauros, duendes y hadas poblarían los bosques y mares de su mente.

En Adán todo habría de encontrar proporción y correspondencia. Al decir de los antiguos, su ser humano recrearía el universo en un microcosmos. Sus manos convertirían tripas animales en afinadas cuerdas de instrumentos musicales, las fibras vegetales en vestido, la pétreo solidez en columna, la belleza de la flor en ofrenda. Por la mezcla, la combinación, la imitación, el recuerdo y la imagen, la nueva creación que surgiera de sus manos tendría unidas la impronta divina y la humana. El hombre sería la concordancia de todo el universo, el mismo sentir y expresar de todo lo creado; el hombre sería el acuerdo que permitiera a cada cosa ser una alabanza.

El hombre es llamado a aunar colores y sonidos, texturas y matices, aromas y sabores. El hombre tiene por misión conver-

tir el ruido en música y la mancha en retrato. Su misión es ordenar imitando a Dios, su vocación parafrasea el mismo actuar divino.

Pero el primer hombre está solo. Puede hacer de todos los seres una voz de alabanza, pero no tiene quien con él eleve su plegaria. Su voz no tiene el eco del igual que acompaña y comparte. Refleja la imagen de Aquel que lo ha creado, pero no puede mostrar la naturaleza íntima de Dios que consiste en amar y ser amado. Es amado por Dios pero el amor de arriba a abajo se llama misericordia. Ama a Dios, pero el amor de abajo a arriba se llama adoración y alabanza. Le falta el amor del igual y por eso se siente apenado. Su nombre es "Armonía", pero no puede alcanzar la concordancia del afín, la complementación del connatural, el eco de otro corazón humano.

Dios, que acompaña el amanecer de su primer amigo humano, produce en Adán un profundo sueño, como si quisiera sumirlo en esa oscuridad anterior a la luz, para que desde ella empezara a ver de nuevo. Toma de su costado una costilla. Dios no saca a Eva de la cabeza ni de los pies de Adán, sino de su vera. Ella estará siempre a su altura, caminará a su lado, será su compañera. Así como la costilla abraza el corazón del hombre, Eva será lo entrañable, lo cercano, lo íntimo, lo amado. Así como la costilla es lo que defiende nuestro corazón, lo que impide que sea vulnerable al golpe externo, Eva será para Adán su refugio, su consuelo y su amparo. Entonces Dios cubre la costilla con el mismo barro que hace de Adán el "terroso". Eva también será terrena, sus días también estarán guardados en esta tierra que será su hogar, su horizonte, su morada.

Nuevamente la luz despierta los ojos del primer hombre, y otra vez se presenta ante él todo lo creado, pero ya no está solo. Ahora a su lado hay alguien similar con quien podrá compartir la armoniosa tarea de amar y ser amado. Siendo reflejo del que es por esencia amor, inmediatamente ama. "Esta sí es hueso de mis huesos, carne de mi carne" (Gén. 2, 23). Esta sí comparte su nombre, ésta sí completa su finitud, ésta sí complementa su limitación. Adán amando a Eva siente la plenitud de su esencia. Ahora está en armonía con Dios, con Eva y con toda la naturaleza. Nada hay por encima de él, a su altura, o debajo, nada que

deje de recibir su abrazo. Al unirse con Eva se cierra el círculo mágico de la armonía perfecta. Un hombre y una mujer que cumplen su vocación; dos amantes que responden a su misión; dos corazones que se funden en el encuentro y elevan a Dios un cántico de gloria.

Esta es la historia del paraíso: el abrazo del Padre, del Hijo y del Espíritu realizado en el interior trinitario y en su obra externa, un perfecto reflejo terrestre de la armonía celestial. Esta es la historia de Adán, el armonioso reflejo de Dios.

Capítulo 4

ADÁN, EL PEREGRINO

Armonizar la creación es la misión del primer hombre, pero su llamada es sólo una invitación. Adán puede responder o no. Dios ha querido concederle un reflejo de su libertad, pero la huella nunca conserva toda la perfección del Origen. La libertad de Dios lo hace soberano para actuar o dejar de hacerlo, para elegir esto o aquello; pero su potestad es tan perfecta que no puede dejar de actuar bien. El hombre tiene una libertad imperfecta porque puede optar por el mal. Su inteligencia obtiene conclusiones por un discurso racional que puede errar. El mal, aliado con el error, puede esconderse detrás de algún bien secundario y seducir nuestra voluntad sin que nosotros lo notemos.

¡Dichosa ignorancia ésta que nos hace redimibles! La superior inteligencia de los ángeles ha hecho que su pecado no pueda obtener perdón. Ellos optaron con absoluta lucidez, los que eligieron el mal no tienen disculpa. Su visión intuitiva les permitió conocer el bien y sin embargo decidieron no servir a Dios, ni a su causa. Nuestra feliz ignorancia hace posible que Dios no contradiga su justicia al prometernos un redentor.

El mismo Dios conjuga en su actuar de modo perfecto la misericordia y la justicia. La promesa de un redentor ha de tener por causa alguna razón que condiga con su equidad. Cristo desde la cruz nos explica que es la ignorancia la condición de nuestra redención al pedir a su Padre que nos absuelva por la incapacidad para medir la magnitud de nuestros actos (Mt. 27,34).

El encantador cuadro del paraíso va a romperse por una errada opción por el mal. El primer pecado tendrá el suficiente discernimiento y decisión como para merecernos un castigo, pero también la confusión necesaria como para no cerrarnos a la redención. Dios permitió al hombre comer de todos los árboles del Edén, menos de uno. Su orden fue clara: "de cualquier árbol del jardín puedes comer, más del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque el día que comieres de él, morirás sin remedio" (Gén. 2, 16-17).

Allí aparece el diablo. Su nombre proviene del griego *διαβολος* que designa a quien enemista, separa, resiente, el que calumnia, el que acusa. Él es quien se resiste por soberbia a una armonía que no lo tenga por eje. Él no quiere colaborar en este llamado de una única alabanza.

El hombre por primera vez se enfrenta a lo opuesto y diferente. Hasta ese momento bastaba mirar hacia arriba y abajo para encontrar que su misión era un llamado a la consonancia. Hasta entonces nunca dudó en llamarse "Armonía", pero ahora aparece este ser maravillosamente lúcido y seductor que lo invita a elegir su propio nombre. La tentación es sutil: ¿por qué ser reflejo y no Origen, por qué llamarse imagen y no Ser? ¿Por qué no ser Dios? El diablo siempre actúa de esa manera: nos promete ser algo más de lo que somos para hacernos olvidar la grandeza del bien que poseemos.

Hay algo en esta tentación que no está del todo errado: la irresistible belleza de Dios es un bien apetecible para el hombre. Ser como es Dios es el bien que esconderá el mal de la desobediencia. La falta de lealtad parece un precio pequeño para alcanzar un don tan alto. "Y como viese la mujer que el árbol era bueno para comer, apetecible a la vista y excelente para lograr sabiduría, tomó de su fruto y comió, y dio también a su marido, que igualmente comió" (Gén. 3,6).

El hombre peca para alcanzar sabiduría, pero al abírsele los ojos lo único que descubre es que está desnudo. Su desnudez es desgarradora: Adán ya no tiene nombre. Su nombre era "Armonía" y ha pecado. La consonancia de toda la creación se ha desacompañado. La proporción de las partes en el todo se ha desarreglado. La concordancia ha dado lugar a la discordia. Aquel que debió unir ha separado, aquel que debió acercar ha distanciado.

Y al ver su desnudez se esconde. La luz que fue creada para iluminarlo, para permitirle ver y conocer, se vuelve insoportable. Su mente no resiste ver el nuevo paisaje de su desnudez. ¡Cuánto deseará la noche para ocultarse entre sus sombras! La visión, que siempre fue su consuelo, hoy es su tortura. Antes bastaba abrir los ojos para encontrarse con el orden y la belleza, ahora la realidad le es hostil, la luz le hace evidente su pecado. Adán ha perdido su nombre. Ya no se llama "Armonía", ahora es pecado, desnudez, oscuridad y penuria.

En esta escena aterradora aparece Dios. Su sola presencia permite a Adán medir la magnitud de su infidelidad. El peso resulta agobiante. Si hubiera un escondite donde Dios no existiera, un refugio adonde Él no llegara, sin duda allí permanecería. Pero Dios no ha venido para el castigo, sino para el consuelo de la promesa. No es Dios quien dicta las penas, son ellas la misma consecuencia de la ruptura con la armonía.

Dios, siguiendo la génesis del pecado, primero confronta a la serpiente tentadora con el resultado de su obra. "Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre su linaje y el tuyo..." (Gén. 3,15). La primera consecuencia del pecado es la discordia con el demonio. El hombre lo recordará siempre como uno de los causantes de su destierro. Se sentirá atraído por la seducción de sus argumentos, pero opondrá su voluntad cuando descubra la falacia de sus argucias. Esta es la ruptura con un orden superior al nuestro, es el desencuentro con un mundo que por la espiritualidad común debía hermanarse con el humano.

Dirigiéndose, entonces, a la mujer, le asegura: "con dolor parirás, hacia tu marido irá tu apetencia y él te someterá" (Gén. 3,16). La segunda consecuencia del pecado es la enemistad con un nivel igual al nuestro, el de los demás hombres. No se trata

solamente de una ruptura de la armonía conyugal, es la discordia radical con el otro, con el hermano, con quien comparte la misma naturaleza. Es el surgimiento en el corazón del hombre de un sentimiento que llevará a la confrontación de fuertes y débiles, de ricos y pobres. Es el nacimiento del rencor fratricida que se consumará entre los primeros frutos de nuestros padres (Gén. 4, 8), como un signo que marcará la historia de toda la generación humana. El encuentro de los hombres ya no será el reconocimiento de esa igualdad que descubrió Adán al despertarse de su primer sueño. Ahora aparece una relación de apetencia y sometimiento, una lucha de poder, de dominio y de soberbia.

Por último, volviéndose hacia Adán, le dice: "maldito sea el suelo por tu causa; con fatiga sacarás de él tu alimento todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te producirá y comerás la hierba del campo. Con el sudor de tu frente comerás el pan, hasta que vuelvas al suelo, pues de él fuiste tomado. Porque polvo eres y en polvo te convertirás" (Gén. 3, 17-19). La tercera consecuencia del pecado es la enemistad con un nivel inferior al nuestro, el de la naturaleza material. El suelo se resistirá a prodigar sus frutos a aquel que por su pecado ha roto la armonía de la creación. Desde entonces la providencia exigirá la fatiga del trabajo para derramar sobre el hombre sus bienes. La misma materialidad de Adán, su propio cuerpo, enfrentará la división cuando se disgreguen sus elementos para convertirse en polvo. El hombre hará un esfuerzo por mantener su corporalidad intacta, pero aquel que pecó contra la armonía generando el desorden, habrá de conocer el desequilibrio, la enfermedad y la muerte. Adán, el "terroso", ya no tiene tierra; debe salir de ese jardín que le ha regalado sus frutos para ser un nómada, un extranjero en cualquier tierra, un exiliado sin patria.

Adán, que solía llamarse "armonía", ya no encuentra paz. Por haber roto la alianza con el Creador ha entrado en enemistad con toda la creatura.

Es demasiado cruel el nombre de extranjero para aquel que conoció su propia tierra. Es excesivamente triste la ruptura para quien gozó el abrazo. Se hace insostenible la distancia del amado para el que se alegró de su cercanía. Por eso Dios le da un nuevo nombre a Adán, para confortarlo con la confianza del

reencuentro. Al asegurarle que uno del linaje de la mujer aplastará la cabeza de la serpiente (Gén. 3, 15), lo invita a caminar por la historia de cada uno de sus hijos con la esperanza de la vuelta al hogar.

Adán, después del pecado, es el desterrado, el caminante, el nómada; pero sabe que su camino algún día llegará a término. Por eso aquel que debió llamarse "armonía", desde entonces se llamó "peregrino".

Capítulo 5

GUÍAME, LUZ BENIGNA

El caminar de Adán hace comenzar el andar de la larga historia del hombre. Aquel que debió ser la "armonía", por su pecado recibió un nuevo nombre. Adán será el "peregrino", aquel eterno caminante; aquel que no tiene casa, pero está en una permanente vuelta al hogar.

Adán es un "peregrino", pero no un vagabundo. Sus pasos no son errantes, él conoce su destino. Su meta es el cumplimiento de la promesa. Quien gozó la amistad primera no puede buscar sino el reencuentro del abrazo.

Su caminar tiene un puerto, pero su andar es incierto. Sus pasos se prolongan en la ofrenda de Abel y en el fratricidio de Caín. Asumirán este eterno peregrinar Henoc al construir, Yabal al guardar sus rebaños y Yubal con los acordes de su música (Gén. 4,17-21). Adelantarán camino los pasos del justo Noé y retrocederán los malvados hombres de su tiempo (Gén. 6). En este andar habrá quienes intenten instalarse en Babel, pero el Señor los dispersará para que no olviden que heredaron de su primer padre el nombre de caminantes (Gén. 11).

La historia de Adán es retomada por cada uno de sus hijos. ¿Quién no comparte con Adán su vocación de "peregrino"? ¿Qué son el tiempo y el espacio, sino las medidas de nuestro caminar? Una misma meta da sentido a nuestros pasos. El hijo asume lo caminado por el padre para progresar en su misma dirección. Pero en el itinerario no faltarán retrasos, desvíos y contramarchas. En esta vida todos los hombres nos enfrentamos al mismo dilema de Adán. También nosotros estamos llamados a caminar en busca de la "armonía". Nuestros pasos intentan recuperar ese paraíso perdido, pero ya no es tan fácil. En nuestro interior el germen del pecado produce el desorden, la desobediencia, la discordia, la guerra, la infamia...

Nuestro andar hacia la meta se desvía y Dios debe iluminarnos con sus estrellas para que la nave llegue al ansiado puerto. El Señor nos advierte: "mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos son mis caminos" (Is. 55,8). Debemos constantemente enderezar nuestro sendero según su voluntad y visión.

Como el ciego, dejamos que Dios sea nuestro lazarillo. Nuestro corazón pide la luz divina para distinguir la vía que nos conduce al abrazo final. Exhaustos por tantos yerros, parafraseamos al Cardenal Newman en su plegaria:

*Guíame Luz benigna, en medio de esta oscuridad envolvente,
¡guíame tú en adelante!*

*La noche es oscura, y estoy lejos de mi hogar,
¡guíame tú en adelante!*

*Guarda mis pies, no te pido ver
la escena distante, un paso será suficiente para mí.*

*Yo no he sido siempre así, ni he rogado que tú
me guiaras en adelante.*

*Amé elegir y ver mi senda; pero ahora
¡guíame tú en adelante!*

*Amé los días vanos, y, despechado por miedos,
el orgullo gobernó mi voluntad: no me recuerdes los años pasados.*

*Si tanto tu poder me ha bendecido, estoy seguro de que aún me guiará en
adelante,*

sobre páramos y pantanos, sobre riscos y torrentes, hasta que la noche pase, y con la aurora sonrían los rostros de los ángeles, que he amado desde siempre, y perdí por algún tiempo¹.

En nuestro andar nocturno no pedimos ver la "escena distante", basta que Dios nos muestre el próximo paso. Su sabiduría ha puesto en nosotros la memoria para conservar el pasado y la aprehensión para conocer el presente, pero nuestra captación del futuro nos ha sido vedada. Sólo la previsión de la prudencia y los ocasionales anticipos de la intuición nos permiten entrever aquello que todavía no es. Nuestro caminar pide luz para ver sólo el paso que debemos dar, con la intención inmediata de darlo. No queremos ver más allá. Quizá nos paralizaría ver todo lo que aún nos falta. Queremos ver sólo aquello cuya medida está a nuestro alcance.

La noche es oscura y estamos lejos del hogar, somos conscientes de nuestro destierro, del exilio que supone no estar en nuestra patria. Muchas veces, confundidos, confiamos en la falsa luz de un "día vano". Creímos entonces poder elegir según nuestro criterio el sendero que mejor nos conduce de vuelta a casa. Pero ahora no queremos recordar nuestros yerros. Queremos mirar hacia adelante confiados sólo en la luz de Dios. Si su poder tanto nos ha bendecido, podemos estar seguros de que lo seguirá haciendo. Sobre esta tierra sombría, hasta que la noche haya pasado, hasta que la aurora vuelva a iluminar nuestros ojos ciegos, pedimos que nos guíe su "luz benigna".

Los siglos de historia que siguieron a Adán conocieron la ceguera de no ver la luz. En su caminar errante los hombres elevaron sus ojos al cielo con la esperanza de ver rasgarse aquel vélo que ocultaba su objeto máspreciado. Siglos de silencio de Dios, siglos de soledad, confusión y angustia.

En medio de las sombras las manos del hombre forjaron los ídolos, pero estos fetiches tampoco iluminaron sus pasos. Su andar se sumía en una oscuridad más terrible. El hombre ansiaba el reencuentro, pero no sabía por donde comenzar su camino. La

¹ John Henry Newman, "The pillar of the cloud", in *Verses on various occasions*, 1833.

religión (re-ligare) nacía en su corazón como un deseo irresistible de volver a unirse a aquello de lo cual se había desprendido. Las oraciones rituales, los cultos y sacrificios, las purificaciones y ofrendas, los templos y altares, las mitologías y cosmogonías buscaban llenar el vacío infinito de Dios sin nunca colmarlo.

Siglos enteros de vanos intentos, miles de años oscuros de noche sin aurora. Generaciones de hombres deseosos de volver al calor del hogar, pero impedidos de hacerlo.

Dios, que no puede dejar de estar, contempla en silencio el andar sin norte de los hombres. Espera el día propicio. Aguarda el tiempo oportuno para empezar a cumplir su promesa.

En este caminar a tientas no está el hombre solo, la presencia de Dios es constante. Su "estar" da sentido a nuestros intentos fallidos. A su tiempo, Él confirmará nuestro rumbo y asegurará nuestro feliz término.

Capítulo 6

ABRAHAM, NUESTRO PADRE EN LA FE

Los hijos de Adán somos nómades que nos trasladamos detrás de un alimento que pueda colmar nuestra hambre existencial. Nuestro andar busca corrientes de agua clara que sacien nuestra sed de infinito. "Cada hombre es un buscador, y aunque la meta de su camino está oculta no deja de estar indefectiblemente fija. Todo retorna al origen sano y santo, de donde tomó principio. Así que todos somos peregrinos (del latín *peregrinus*, que propiamente significa "extranjero"), que estamos de paso hacia la verdadera patria"¹.

En esto de caminar nos hermanamos todos los hombres. Ricos y pobres, fuertes y débiles, creyentes, agnósticos y ateos reconocemos que la vida es un sendero por recorrer. Quizá la esperanza de lo que nos aguarda en la meta nos distingue, pero todos sentimos la misma seducción que nos atrae a dar siempre un paso hacia adelante.

En este camino el hombre necesita luz para distinguir cuál es

¹ Manfred Lurker, *El mensaje de los símbolos*, Herder, Barcelona, 1992.

el rumbo que debe orientar sus pasos. Dios debe de alguna forma confirmar nuestra dirección para que nuestro camino sea ascendente. Nuestro impulso natural nos lleva a elevarnos. Es curioso descubrir que si miramos hacia abajo el vértigo que nos produce la altura nos paralizará, pero si levantamos nuestros ojos para elevarnos, por más que la distancia sea mayor ningún sentimiento nos impedirá proseguir nuestra marcha.

Nuestro anhelo se satisface sólo al elevarnos, pero no es fácil ascender, pues el camino es sinuoso. Es imprescindible la guía de Dios para continuar nuestro andar. A los cielos, que por siglos guardaron el silencio de Dios, el hombre dirigió su plegaria esperanzada: "como anhela la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca, Señor... ¿cuándo podré llegar a ver tu rostro?" (Ps. 12,2-3). Y Dios, que nunca se distrae, comenzó a mostrar su semblante resplandeciente. Dios, que es más íntimo a nosotros que nosotros mismos, no puede estar más cercano, pero nuestros ojos cegados por el pecado han dejado de reconocerlo. Él no puede acercarnos más, pero puede atraernos hacia sí para que lo sintamos más próximo. Por eso el "estar" de Dios se hace más sensible cuando desde Ur de Caldea se decide a llamar a Abram (Gén. 12 ss.) para prometerle una tierra.

Abram deja el país de sus padres, su patria, el suelo que lo vio nacer, sus hermanos y sus amigos, para peregrinar detrás de la promesa. Abram cree en Dios, no porque tenga alguna certeza humana de que la promesa pueda cumplirse, sino porque él sabe que Dios es veraz.

Ese Dios silencioso por siglos por fin ha hablado. Abram recibe su confianza y comprende que la palabra divina es verdadera y eficaz. La veracidad de Dios es su confianza. Dios le pide que deje su patria, más adelante le mandará que sacrifique a su hijo Isaac. Poco importa la magnitud del pedido. Dios es veraz, él cumplirá su promesa.

Abram sabe que Dios es Dios. Dios conoce la verdad mejor que él, Dios ama su bien más que él mismo, Dios lo puede alcanzar con mayor eficacia. ¿Qué otra cosa resta que obedecer? La obediencia es la respuesta coherente para quien tiene fe. Abram sabe que debe aceptar la voluntad de Dios, así superará toda la limitación de lo que no sabe, no quiere o no puede.

A este hombre inmovible Dios le cambia el nombre: "No te llamarás más Abram, sino que tu nombre será Abraham, pues padre de muchedumbre de pueblos te he constituido" (Gén. 17,5). Su nuevo nombre le habla de fecundidad y es un hombre estéril, su nombre lo define como germen y raíz de naciones y es un nómada; nada de lo sensatamente esperable parece avalar este nuevo nombre; y, sin embargo, él cree. Desde entonces ya no se llamará Abram, sino Abraham. Confiará más en la veracidad de Dios que en su propia prudencia.

"Y creyó él en Yahvé, el cual se lo reputó por justicia" (Gén. 15,6). Abraham cree y su fe es sometida a la prueba. Dios enfrenta a su escogido a la oscuridad del que no ve, a la impaciencia del que espera, a la confusión del que no comprende y a la humilde aceptación del que obedece.

Abraham no ve, él sólo cree. Ejercita la más elevada humildad: Abraham cree. ¿Qué acto de humillación más alto podría pedirle que el de creer contra toda esperanza? Abraham sólo confía. Aquel que lo ama más que él mismo, Aquel que conoce su nombre mejor que él, Aquel que lo soñó desde antes que naciera, Aquel que lo llamó desde el vientre materno ha hablado. ¿Qué otra respuesta cabe, sino creer?

Abraham conoce su limitación, sabe que su inteligencia es proclive al error, sabe que su imaginación es propensa al engaño y que su memoria no es inmune al olvido. Abraham es consciente de que no es más que un hombre, que el claroscuro es su medio y el misterio su horizonte. Por eso confía en Dios, en un Dios que no conoce la noche, ni el límite, ni la frontera.

Sin duda el Demonio habrá tentado a Abraham como a nuestros primeros padres: —¿por qué no desobedecer, qué puede tener de malo dejarse llevar por los propios criterios?, ¿quién es Dios para decirme qué debo hacer?, ¿quién es para darme un nuevo nombre?, ¿por qué no llamarme como mejor me plazca?—. Pero Abraham es creyente, Dios es Dios, Dios sabrá...

Y la fe de Abraham se enfrenta al tiempo. La promesa tarda en cumplirse. Siempre es fácil dar el primer paso, lo difícil es perseverar en el camino. La promesa de una tierra propia sólo se cumplirá cuando Abraham, cercano a su muerte, pueda ser dueño de un sepulcro que guarde sus restos junto con los de Sara. Nin-

guna tierra es suya hasta entonces. La promesa parece retrasarse demasiado.

Tampoco la promesa de su inmensa paternidad se realiza inmediatamente. Pasarán los años de su vigor y de la lozanía de Sara sin ver sus días prolongarse en la vida de sus hijos. Llegados a la ancianidad esos tres visitantes misteriosos le aseguran que será padre (Gén. 18,10 ss.). Sara se ríe, pero Abraham cree.

La risa de Sara es lógica, se pregunta desde su sensatez humana: "ahora que estoy pasada, ¿sentiré el placer, y además con mi marido viejo?" (Gén 18,12). A la prueba del tiempo que lleva al desánimo se agrega la prueba de la cordura mundana que engendra la duda. Es el paso del tiempo que va socavando al que aguarda hasta hacerle creer que ha esperado en vano, que ya es tarde. Los argumentos racionales refutan lo que no alcanzan a comprender intentando convencerlo de que debió engañarse.

Pero Abraham cree, Dios es el dueño del tiempo. Su poder puede hacer florecer el otoño y fructificar el invierno. Aquel que de la nada ha creado no necesita miembros jóvenes para transmitir la vida.

Sin duda el Demonio también debió tentarlo en esto: —no esperes, Abraham, no seas obcecado, por qué esperar un milagro, el tiempo ha pasado—.

Dios también purifica la fe de Abraham con la prueba de la confusión. Habiendo Abraham engendrado un hijo de Agar, la esclava de Sara, por qué no ver en él la promesa realizada. El maligno reaparece con sus sutilezas: "ya es bastante extraordinario el nacimiento de este hijo, no será una presunción esperar otro de tu esposa". Es la tentación de creer a Dios mezquino, capaz de realizar portentos a medias. Sara será la bendecida, la madre de muchos pueblos.

Cuando ya haya nacido Isaac, el hijo de la promesa, la fe de Abraham habrá de soportar una nueva prueba: la obediencia. "Toma a tu hijo, a tu único, al que amas, a Isaac, vete al país de Moria y ofrécele allí en holocausto..." (Gén. 22,2). Dios sabe bien lo que pide: el único, el amado. Y Abraham sabe que no es suyo, que es puro don de Dios, que Él tiene derecho.

También el Tentador se habrá hecho presente para sugerirle lo desgarrador de la prueba: —es tu hijo, Dios no puede pedirte

esto, ¿por qué se contradice dándote una vida que después te pide?, ¿es que le divierte tu sufrimiento? Un Dios cruel no debe ser obedecido—.

Una vez más Abraham recuerda que Dios es Dios y levantándose de madrugada, para no dejar que el tiempo debilitara su propósito de obedecer al Señor, se encamina con su hijo al país de Moria para ofrecer su sacrificio. Abraham no sabía que un ángel le impediría concluir su ofrenda. Abraham no sabía, pero creía que Dios en su sabiduría y amor jamás se contradecía.

¿Cuál es el nombre de Abraham? Si lo que ha definido su historia es la fe, el haber creído contra toda esperanza, su nombre podría ser "creyente". La misma paternidad de una descendencia incontable como las estrellas del firmamento será una generación en la fe. Su vejez conoció la compañía de sólo dos hijos de su carne. Y la posesión de la tierra prometida es también una propiedad en la fe. Él solamente fue dueño de su tumba. ¿Qué otro nombre en la mente de Dios podría designarlo mejor que "aquel que cree"? ¿Cómo podría estar presente allí donde cada cosa es lo que es? "Creyente" es el verdadero nombre de Abraham, nuestro padre en la fe.

Capítulo 7

MOISÉS, EL AMIGO DE DIOS

La providencia entretejió su trama y la tierra de promisión alimentó a los descendientes de Abraham, hasta que en tiempos de su nieto Jacob una sequía la vuelve estéril. El hilo divino que borda la historia con exquisita precisión conduce al pueblo elegido a Egipto para gozar de la benevolente protección del Faraón. Pero los amparos humanos son inseguros, y los hijos de Israel pronto descubren que el corazón del hombre es siempre inconstante. Pasaron los años de cálida acogida de este pueblo en el exilio y un nuevo rey de Egipto comienza a ver el enorme crecimiento de Israel como una amenaza para la seguridad de su reino (Ex. 1, 8 ss.). Y el pueblo que fue elegido para restaurar la libertad de todos los hombres es esclavizado en tierra de extraños. Israel lleva sobre sí un pesado yugo purificador. Dios lo prepara para su misión histórica. De su estirpe nacerá quien ha de asumir el peso de todos los dolores, la carga de todas las angustias de la humanidad entera.

El terror del Faraón lo lleva a tomar la aberrante decisión de asesinar a los hijos varones de las parturientas hebreas (Ex. 1, 22).

Teme que la fuerza del número atente contra los privilegios del poder. Una vez más la promesa hecha a Abraham vuelve a oscurecerse. Esa descendencia bendecida parece definitivamente truncarse. Esos hijos llamados a multiplicarse como las estrellas del cielo serán asesinados. Nuevamente la promesa de Dios aparenta convertirse en imposible. Nada humano puede anteponerse a la orden del rey de Egipto. No hay poder sobre la tierra que se le compare. Dios se reserva la autoría exclusiva de su plan salvador. Él prepara una providencia que enseñe a sus elegidos a confiar sólo en su acción.

Es entonces cuando empieza la historia de Moisés, el amigo de Dios. La providencia parece acompañarlo desde el principio de sus días. Una belleza singular conmueve el corazón de la partera hasta el punto de hacerle tomar la audaz resolución de desoir la orden del Faraón. La docilidad del río conduce la canasta con la velocidad justa y unos juncos la detienen en el sitio indicado, todo se da en el momento y en el lugar adecuado y oportuno. El corazón tierno de la hija del Faraón se compadece de su suerte y decide ampararlo con su protección. El ingenio de la hermana de Moisés le permite ser criado por su propia madre y alimentarse de sus pechos. La educación egipcia fecunda su inteligencia juvenil con la ciencia de un pueblo culto. La vida cortesana lima sus rudezas y fomenta sus dotes de mando. Toda esta acción providencial de Dios va escribiendo su nombre. Las bellas facciones de su rostro, la benevolencia de un río, el encanto que seduce los corazones femeninos, la exquisitez de una educación palaciega, prescriben el nombre de Moisés, "el salvado de las aguas" (Ex. 2, 10).

¿Quién es este Moisés, de la casa de Leví, que a los tres meses de edad remonta el Nilo en una pequeña cesta calafateada (Ex. 2,3) para salvarse como un nuevo Noé del exterminio de las aguas y conocer la alegría de una nueva mañana? ¿Por qué, habiéndose criado entre extranjeros, se conmueve de tal forma ante la opresión de sus hermanos que llega a matar al capataz egipcio que los maltrataba (Ex. 2,12)? ¿Quién es éste que en el desierto conoce el abrigo de una casa, el abrazo de una esposa y la responsabilidad de un rebaño (Ex. 2, 15ss.)? ¿Por qué, siendo un súbdito puede mantenerse soberano ante el Faraón (Ex. 5, 1 ss.)? ¿Quién es para

recibir de Yahvé la confianza de cada una de las pruebas por las que hará comprender a Egipto que sólo Dios es el Señor (Ex. 7,14 ss.)? ¿Por qué conduce a su pueblo por el desierto, endulza las aguas amargas (Ex. 15,25), intercede eficazmente por alimento (Ex. 16) y arranca a la pétreo entraña manantiales escondidos (Ex. 17,6)? ¿Qué tiene de extraordinario este interlocutor de Dios y depositario de su Alianza (Ex. 19)? ¿Por qué puede hablar cara a cara con Yahvé (Ex. 33,11)? ¿Por qué habiendo contemplado con sus ojos la tierra de promisión, no puede entrar en ella (Deut. 3, 27)? ¿Cuál es la razón de su último descanso en las campiñas de Moab (Deut. 34, 8), tan cercanas, pero aún extranjeras?

Fue, sin duda, el extranjero. El pueblo que compartía su sangre miraba con desconfianza en él al hijo de la hija del Faraón. Su familia de adopción despreciaba en él lo que consideraba falta de agradecimiento y traición. Como buen extranjero encontró sólo en el desierto su hogar, su esposa, su patria y su tumba. Su caminar fue su único reposo. Nació y murió en tierra de extraños, pero vivió soñando el reencuentro con lo suyo.

Por despojarse de toda posesión puede Moisés "poseer" a Dios, o —mejor dicho— reconocer que es poseído por El. Moisés es el que está con Dios. Moisés es consciente de esa presencia más íntima a nosotros que nosotros mismos. Es quien recibe de Dios la confianza de la cercanía (Ex 3, 12). Es quien sabe ver más allá de las apariencias. Es quien descubre a Dios en una zarza que arde sin consumirse, en un mar que no opone la resistencia de sus olas, en un pan que providencialmente alimenta, en una fuente mineral que mana agua en abundancia, en el fragor del trueno, la protección de la nube y la grandeza de la montaña. Dios está presente en cada cosa sin confundirse en nada con ella. Su ser sostiene todo sin necesitar de nada para mantenerse en la existencia. Él existe sin nada, pero todo existe por él. Ha prodigado su ser en cada cosa sin dejar de poseer la totalidad de su riqueza. Todo el universo es una epifanía divina que lo manifiesta y lo esconde porque lo contiene sin poseerlo, porque lo muestra sin desnudarlo, porque lo musita sin llegar a nombrarlo, porque lo sugiere sin pretender agotarlo. Moisés se sabe en presencia de Dios, tiene absoluta conciencia de la proximidad de su Señor. Por eso reconociéndose extranjero se sabe cercano a su patria.

Por reconocer su presencia, Moisés es el que sabe quién es Dios. Ha recibido la revelación del nombre de Yahvé (Ex. 3, 14). Sabe que el Señor es el que es, el que está, el que no puede dejar de hacerse presente en cada cosa, porque su misma presencia permite que cada cosa sea. Dios no es un primer motor que impulsa un movimiento inicial para después desvincularse del andar de su obra. Dios acompaña la historia. Su silencio no es muestra de desinterés, sino de respeto por nuestra autonomía. Su reserva no debe confundirse con la indolencia, ni su trascendencia con la distancia. Si el hombre desde el pecado primero es el perpetuo peregrino que regresa al hogar paterno, Dios no es solamente quien nos espera para el abrazo reconciliador, sino el que nos llama desde el exilio, el que nos da fuerzas para volver, el que acompaña cada uno de nuestros pasos, el que ilumina cada una de nuestras decisiones.

Moisés es quien confía en Dios. El conoce su limitación, sabe que es "torpe de boca y lengua" (Ex. 4,11). Sin duda el Faraón no querrá escucharlo y los hebreos se negarán a seguirlo; pero su corazón espera en Dios. Él proveerá. El Señor alienta su confianza y le dice: "¿quién hace al mudo y al sordo, al que ve y al ciego? ¿no soy yo, Yahvé? Así, pues, vete que yo estaré en tu boca y te enseñaré lo que debes decir" (Ex. 4. 11-12). Moisés salta a ese negro abismo del futuro sin más seguridad que un Dios que le dice que no le faltará apoyo donde asentar su pie. Como un digno hijo de Abraham, Moisés cree contra toda esperanza humana. Y Dios realiza su obra, porque lo inalcanzable está a su altura y lo imposible no limita su poder.

Por eso Moisés, desde su corazón agradecido, canta "mi fuerza y mi poder es el Señor, Él es mi salvación" (Ex. 15,2). Dios es su fuerza, una fortaleza que lo hace capaz de enfrentarse al mismo Faraón de Egipto. El Señor es su poder, una virtud eficaz sobre todo el orbe. Yahvé es su salvación, por eso descansa sereno. Su entrega confiada a Dios señala un camino para todos los testigos de su poder. Su actitud filial anticipa los pasos de todos los que desean ser como niños (Mt. 18,3). Su despreocupado descansar en manos de la providencia inspira la entrega total expresada en estos versos de Rubén Darío:

*Nada deseo,
mi voluntad descansa,
mi voluntad reclina
de Dios en el regazo su cabeza
y duerme y sueña...*

Moisés es el que se anima a soñar, porque sabe en quién ha puesto su esperanza, porque confiado descansa en aquel de cuyo poder no duda. Y soñando se anima a amar a Dios. La conciencia de la indignancia radical del hombre lleva a venerar y respetar a Dios, pero la novedosa audacia de Moisés es que se anima a amarlo. Dios le ha dicho su nombre, le ha mostrado su rostro y el poder de su derecha, por eso Moisés se atreve a la audacia de amarlo.

La peregrinación eterna del hombre de algún modo ya ha llegado a su término. Moisés, al entrar en el lugar sagrado (Ex. 3, 5), debe quitarse las sandalias. Se descalza porque ya está en casa. El andar de siglos por regresar al lugar del encuentro con Dios ya ha alcanzado su primera meta. Sus pies cansados vuelven a posarse sobre un terreno que tiene a Dios como presencia vecina y cercana. Moisés se descalza porque el camino ha quedado atrás. Es verdad que queda mucho por recorrer, pero él sabe que no está solo. Moisés será quien construya esa primera tienda del encuentro (Ex. 33) para que todo el pueblo sepa lo que su corazón amante descubrió hace tiempo: Dios está en medio de ellos.

Se anima Moisés a soñar el futuro porque tiene memoria del pasado. Jamás olvidará lo que Dios ha hecho por su pueblo. Dios es "la roca, su obra es consumada" (Deut. 32, 4); su presencia es firme, permanente y segura. Su memoria está impregnada del grato recuerdo de la acción de un Dios fuerte que ama su debilidad. Su bendición final (Ex. 33,27) recordará las proezas del Dios de antaño, del refugio seguro, del defensor fiel. Israel ha sido salvado por Yahvé. Si la inconstancia del corazón del hombre ha hecho que el pueblo cambie, Dios nunca cambia, su fidelidad es perpetua, su amor va de generación en generación.

Moisés es el que cumple la voluntad de Dios, él sabe que su Señor es soberano sobre las aguas enrojecidas, las ranas invasoras,

los insectos destructores, el granizo hiriente y el sol entenebrecido. Toda la creación acepta sus designios, sólo el hombre se resiste a sus decretos. Sólo el altivo Faraón se enfrenta a Dios para medir su poder. Pero sabe bien Moisés que la soberbia lleva a la muerte. Sólo la humilde obediencia engendra la vida. Por eso Moisés acepta la Ley de Dios y enseña a cumplirla (Ex. 20). Será quien se anticipe en el tiempo a formar parte de los amigos del Señor por la observancia de su voluntad (Jn. 15,14).

Qué otro nombre podría designar mejor a Moisés que éste de "amigo de Dios". Él sabe que el amado está presente, conoce su nombre, lo ama, confía en su poder, obedece sus preceptos. Moisés es quien reinaugura el trato amical con Dios. Es el Señor quien ha superado la distancia radical que los separa mostrándole su cercanía. Moisés responde creyendo, confiando, amando y obedeciendo. Porque la amistad es encuentro de dos corazones, y si no se da entre iguales, supone la condescendencia del mayor y la elevación del menor. Por eso, porque el abrazo de los amantes supera todas las distancias, Moisés es el "amigo de Dios".

Capítulo 8

DAVID, EL HUMILDE CANTOR DE YAHVÉ

Moisés muere en el exilio, pero Josué, "hijo de Num, que estaba lleno del espíritu de sabiduría" (Deut. 34,9), introduce al Pueblo elegido en la tierra de promisión (Jos. 3,14). Los israelitas que peregrinando fueron testigos de la constante providencia divina empiezan a sentir la tentación de todo sedentario. El arraigo conlleva la previsión, y las arcas llenas engendran la confianza humana y la autosuficiencia. Por eso, una vez asentados, los hebreos desagradan al Señor asumiendo los dioses y las costumbres de los pueblos vecinos.

Dios, en su paternal pedagogía del bien, los deja a merced de sus enemigos para que el pueblo no confíe en sus propias fuerzas, sino en Aquél que se las ha dado. Israel comprende la enseñanza y se arrepiente de su pecado para volver a Dios. El Señor, que nunca desatiende las súplicas de su pueblo, les envía un liberador, un juez y conductor que les recuerde su Ley y que administre la justicia (Jue. 3, 7-9). Así, los Jueces de Israel gobiernan sobre grupos reducidos como caudillos que Dios suscita para mantener el espíritu de este pueblo distinto de cualquier otro.

Samuel, el último de los Jueces, conoció tiempos felices en que

confiado en el poder de Yahvé derrotó enemigos poderosos y edificó altares al Señor en agradecimiento. Pero llegados los años de su vejez puso a sus hijos como jueces de Israel. Todos ellos traicionaron al Señor sirviendo a otros dioses (1 Sam. 8,1 ss.). Entonces, el pueblo seducido por las costumbres de los reinos vecinos pidió un rey. La fe de Israel siempre se había resistido a la idea de un monarca. El sólido credo monoteísta confiaba en un Dios cercano cuyo gobierno se ejerce personalmente sobre el pueblo de su elección. Yahvé es el Rey de Israel, nadie sino sólo él debe reinar sobre su heredad.

Pero Dios comprende hasta nuestros errores y debilidades. Él sabe bien cuál es la gran dificultad de nuestra fe. Nuestros ojos que no ven a Dios, reclaman un objeto sensible donde posarse. La conducción del Señor requiere de un esfuerzo para ser reconocida. Los israelitas se preguntan por qué no ser como los demás pueblos que tienen caudillos visibles, cuya misma presencia es signo de amparo y seguridad. Dios sabe que detrás de este anhelo se esconde el germen de la idolatría, pero ya no puede detener a su pueblo sin violentarlo. Por eso Yahvé acepta los reclamos injustos de su pueblo y le dice a Samuel: "haz caso a todo lo que el pueblo te dice; porque no te han rechazado a ti, me han rechazado a mí, para que no reine sobre ellos" (1 Sam. 8, 7).

Dios no quiere forzar a un pueblo que no se siente satisfecho con su amor. Sin embargo, no deja de prevenirlos sobre los inconvenientes que conlleva una monarquía humana. En un último intento por hacerlos recapacitar les anticipa que el rey que tanto desean "tomará sus hijos para destinarlos a sus carros y caballos... los hará labrar sus campos, segar su cosecha, fabricar sus armas y sus arreos; tomará sus hijas para perfumistas, cocineras y panaderas; tomará sus campos, sus viñas y sus mejores olivares para dárselos a sus servidores; tomará el diezmo de sus cultivos para dárselo a sus eunucos, tomará sus criados y criadas, y sus mejores bueyes y asnos para hacerlos trabajar para él. Aquel día se lamentarán a causa del rey que se han elegido..." (1 Sam. 8, 11-18).

Sabe Dios qué difícil será para el hombre ejercer el poder sin adueñarse, sin excederse. Conoce perfectamente con qué facilidad se olvida que el gobierno es un servicio para hacerse dueño de aquello que debe administrar, porque tiene otro Señor.

Pero el pueblo no escucha las sabias advertencias de Dios y en su insensatez repite: "tendremos un rey y nosotros seremos como los demás pueblos" (1 Sam. 8,19). Los israelitas quieren ser como los otros. Es la necesidad de la masa que confunde lo ordinario con lo mejor, lo común con lo óptimo, lo frecuente con lo necesario, el consenso con la verdad.

Dios respeta nuestras miserias, Él conoce como ninguno la limitación de nuestra inteligencia. Entonces Samuel unge como rey de Israel a Saúl y el pueblo, al ver sus victorias, lo proclamó como su caudillo. Ya tienen un rostro que venerar. Ya existe una figura cuya sola presencia los hará sentir seguros, pero pronto conocerán la decepción de la idolatría. Sólo Yahvé es Dios.

Saúl, el ungido de Israel, consolidando su poder se enorgullece de su propio prestigio. Pronto se olvida de obedecer al Señor y por eso pierde su bendición. Entonces Dios le dice a Samuel: "¿hasta cuándo vas a estar llorando por Saúl, después que yo lo he rechazado para que no reine sobre Israel? Llena tu cuerno de aceite y vete. Voy a enviarte a Jesé, de Belén, porque he visto entre sus hijos un rey para mí" (1 Sam. 16, 1).

Samuel ha de dirigirse a Belén, a esa pequeña aldea de pastores, para encontrar al Pastor de Israel. Belén, cuyo nombre significa "casa del pan", simboliza el horno humilde donde se cuece el don cotidiano. Allí Yahvé ha puesto sus ojos en David. Aquél que conoce lo oculto del corazón de cada hombre y juzga según la verdad, aquél que no se deja guiar por la grandilocuencia de las apariencias regias, ha encontrado en Belén un rey para él.

Dios, que sabe que el gobierno es el más humilde servicio, ha elegido al más pequeño de sus hijos. Puede Samuel engañarse por la presencia gallarda de los hermanos mayores, pero Dios no se engaña, él ha puesto sus ojos en el menor. Puede parecer demasiado joven, pero Dios sabrá madurarlo con las pruebas. Puede verse demasiado débil en su adolescencia, pero Yahvé será su fortaleza. El Señor no se confunde. Una vez más elige la debilidad y la pequeñez para mostrar su poder y su grandeza.

David es un joven pastor de Belén, el menor de los hijos de Jesé, "un muchacho rubio, de bellos ojos y de hermosa presencia" (1 Sam, 16,12). Para quienes lo conocen es notable su afición por la música y la bravura de su coraje. Se cuenta que ha luchado con

un lobo para defender su rebaño confiando más en Yahvé que en sus fuerzas. Este es el elegido de Yahvé. Y Samuel, asombrado, sin saber por qué camino escondido completará Dios su designo, lo unge secretamente en Belén.

La previsión humana ignora el modo en que Dios hará de este joven pastor un gran rey, pero Yahvé muestra su soberanía concretando lo imprevisible. El tiempo pasa y en la corte necesitan "un hombre que sepa tocar la cítara" (1 Sam. 16, 15) para alegrar los días de Saúl, entristecidos por el alejamiento de Dios. David es conducido al palacio y pronto su decisión y valentía al enfrentar al filisteo Goliat para derribarlo con su débil honda y el poder infinito del Señor le alcanzan un gran prestigio. Su renombre le permite obtener la amistad del príncipe Jonatán, el corazón de la princesa Mikal y la envidia y el recelo del rey Saúl.

El monarca comienza a perseguir a David y así empieza su vida errante. Una vez más parece frustrarse la realización del plan de Dios. Pero Yahvé es Señor del tiempo, sus designios no se anticipan, ni se retrasan. En todo momento, David se mantiene leal a su rey. David sabe que los caminos de Dios no pueden concretarse por la malicia.

Llega a ser rey, y con su poder crece su prestigio. David es querido por su pueblo, es amado por sus amigos y temido por sus enemigos. Sin duda, la soberbia que se engendra simuladamente por el aplauso habrá intentado enraizarse en su corazón. Pero David permanece humilde, él sabe que sólo Dios es grande.

David no se engríe con su prestigio. Él es consciente de su limitación, sabe que todo lo portentoso que ha realizado es obra de Yahvé. Este joven rey reconoce con gratitud el don y no intenta apropiárselo. El es sólo "un hombre pobre y ruin" (1 Sam. 18, 23) con el que Dios ha hecho obras grandes.

David vive en presencia de Dios; él es testigo del poder infinito del Señor y de la estrechez de las propias fuerzas. Aquél que de la nada crea el universo, aquél que disipa la oscuridad con su luz y llena el vacío con su presencia es quien ha actuado. Aquél que mueve el débil aire para transformarlo en fuerte viento y agita la mansedumbre marina hasta engendrar las olas es quien merece la gloria. David sabe que es rey, pero sólo Dios es soberano.

El pequeño pastor de Efratá mantiene su corazón humilde, por eso reconoce el poder de Dios. El mundo está lleno de necios

que al recibir de Dios algún don lo estiman como propio. Su orgullo hace estéril la acción divina. El don de Dios sólo fecunda en el humilde, David no se apropia de lo que no es suyo. Este es el hombre adecuado para reinar. Si acepta que el dueño de todo es el Señor, sabrá administrar, sabrá gobernar, sabrá servir...

Por ser humilde sabe perdonar. Sólo el humilde conoce el perdón. David es consciente de su flaqueza. Todos los días presenta al Señor su ofrenda, él también debe ser perdonado. Puede perdonar porque es consciente de su pecado y porque no juzga, ni condena. Sólo Dios conoce el fondo de cada alma. Por grande que sea el poder de un hombre su límite será siempre el misterio, y cada hombre es un enigma, cada historia es un arcano que sólo Dios comprende.

El recuerdo de su propio pecado lo hace indulgente. Él sabe que la belleza de Betsabé lo llevó a adueñarse por primera vez de lo ajeno. Él es consciente de que enceguecido por el vértigo de la pasión el mal lo condujo hasta el crimen de un inocente. Pero aquél que supo perdonar, sabrá pedir perdón, aquél que supo tener compasión obtendrá misericordia.

Cuando el profeta Natán le hace enfrentar su malicia (2 Sam. 12,5), David, teniendo poder para acallar la incómoda voz de su conciencia, prefiere reconocer su delito. Sólo el humilde conoce la bondad del arrepentimiento y la conversión.

Tendrá David ocasión de perdonar como Dios lo ha perdonado. Aquél que experimentó la misericordia divina sabrá tener compasión del incesto de su hijo Amnón y del fratricidio y la conjura de Absalón (2 Sam. 14, 21).

Porque sabe perdonar es que puede amar, porque el perdón es un requisito indispensable para el amor. Sólo el amor a Dios no preexige el perdón; el amor humano siempre supone la indulgencia, porque se dirige a lo imperfecto, a aquello que no puede sino fallarnos.

David puede amar a Saúl porque comprende y perdona sus celos, ama a Amnón porque conoce y disculpa la debilidad, ama a su hijo Absalón porque sabe que el error y la furia conducen al apasionamiento. David ama y la amistad es para él toda su delicia (2 Sam 1,26). Sólo el humilde aprecia la amistad, que es el más desprendido y desinteresado de los amores.

David sabe humillarse. Cuando Mikal, la hija de Saúl, le recrimina el haber bailado delante de los criados para festejar el traslado del Arca de la Alianza, él contesta: "delante de Yahvé he danzado, y me humillaré todavía más, y me haré despreciable a mis propios ojos..." (2 Sam. 6,22). ¿Qué tiene de extraño humillarse delante de Dios? Somos como nada ante su presencia, ¿por qué no abajarse ante quien siendo tan alto se inclina de tal forma para amar nuestra bajeza?

Porque es humilde perdona; porque perdona, ama; porque ama, se humilla. Se cierra así el mágico círculo de la humildad acabada. Por eso canta, porque el que se sabe pequeño no encuentra otro modo de amar a Dios que no sea la alabanza. La alabanza es la perfecta respuesta a la misericordia, por eso David se reconoce "el dulce cantor de Israel" (2 Sam, 23, 1). Dios es su roca, su baluarte, su alcázar. David es el varón puesto en lo alto, pero su altura no lo engaña, es puro don. El Señor que lo alumbró como la luz de la aurora que disipa las tinieblas de la noche, tras la lluvia, hará brotar la espesura de su estéril tierra (2 Sam. 22).

¿Cuál es el nombre de David? Su nombre habrá de ser como la música de su cítara: una humilde melodía de alabanza que se eleva; una armoniosa voz que para servir convoca, manda y gobierna; un sereno arrullo que sosiega, una triste elegía que nostálgica llora. Su nombre es una canción que desde su pequeñez se propaga y asciende. Éste debe ser el nombre de David, el humilde cantor de Yahvé.

Capítulo 9

JESÚS, LA VERDAD QUE NOS ILUMINA

Adán, el "peregrino" recibe un nuevo nombre en cada uno de sus hijos. Su nombre —siempre inédito e inesperado— será "creyente" en Abraham, "liberador" en Moisés, "música" en David. En ellos ya han sido encarnados los tres caminos básicos de vuelta al Padre: la fe que nos conduce a la Verdad, la ley que nos lleva al Bien, la poesía que nos abre a la Belleza. Sin embargo, los senderos de retorno no se han agotado con sus pasos; cada hombre intentará un modo particular y único de cumplir su misión de "peregrino". Cada hombre abrirá con su propio itinerario un personal camino de regreso a Dios, de tal modo que su nombre designe una ruta irrepetible para acceder a la meta común en este afán por reencontrar el hogar paterno.

El hombre, peregrino sin otro camino que el de su nombre, adelantado y descubridor de una senda por entero personal y única, prosiguió sus pasos en la historia sin más rumbo que el determinado por un misterio oculto a sus propios ojos, por una fuerza invisible que enderezó sus pasos vacilantes, dio progreso a su andar y evitó el retroceso reiterado de sus yerros.

Con la encarnación de Cristo, el hombre, sin dejar de ser peregrino, alcanza el fin de su destino. Cristo asume en un encuentro personal, hipostático, la naturaleza humana. Su abrazo vuelve a dar eficacia al nombre de cada hombre. El eterno caminar del hombre no podía reducir la infinita distancia del abismo. Sólo Dios puede traspasar el insuperable foso de lo irremediable, y lo hizo en Jesucristo.

Un puente enlazó dos orillas inalcanzables. Jesucristo, el verdadero "*Pontífice*" (del latín: "constructor de puentes"), abrazó lo humano y lo hizo suyo para siempre. La unión de la naturaleza humana con la divina no podría alcanzar mayor cercanía que en Jesucristo. "El hombre quiere subir, pero la Palabra quiere descender. De este modo ambos se encuentran a medio camino, en el centro, en el lugar del mediador"¹.

Desde la encarnación, una sola persona, la Persona divina del Verbo eterno de Dios, posee ambas naturalezas como propias. Desde entonces la humanidad vuelve a estar en manos de su legítimo dueño. En Jesucristo nuestro andar ha alcanzado su meta. El hombre vuelve a estar unido por la más estrecha amistad a Dios. El desencuentro del pecado es superado por el abrazo de la gracia.

En Jesucristo, Dios asume todo lo que puede asumir del hombre; todo, menos el pecado. Por eso, al no poder abrazar nuestro pecado "personalmente", porque repugna a su infinita sabiduría y bondad, en el exceso de su amor lo asume "esponsalmente". Si la unión hipostática es la más estrecha por aunar dos naturalezas en un mismo *suppositum*, en la Persona divina, la unión esponsal le sigue en cercanía, pues conservando la distinción individual hace por el amor de dos personas una (cfr. Gén. 2, 24).

En Jesucristo cada nombre vuelve a ser ocasión de encuentro. La humanidad toda se aúna con la divinidad en la intimidad de su Segunda Persona y los hombres individuales se abrazan a Cristo con la indisoluble cercanía del matrimonio. Cristo no es sólo el Camino, sino la Verdad y la Vida. En él ya no somos sólo trashumantes peregrinos que eligen su sendero, sino los iluminados por su Verdad y redimidos por su Vida. De una manera misteriosa

¹ Hans Urs von Balthasar, *El corazón del mundo*. Encuentro, Madrid, 1991.

Cristo devuelve el primitivo nombre de Adán a todos sus hijos: en él se ha restablecido la armonía, en él el hombre vuelve a encontrarse con su Creador y con toda la creatura.

Siglos de sombra ocultaron el rostro de Dios, pero en su noche sin fin también escondieron el rostro del hombre. Cómo podía una creatura conocer su nombre sin descubrir aquel origen divino donde se fraguó cada una de sus letras con antigüedad inalcanzable. Cómo saber quién soy yo y quién es mi hermano sin acceder al arcano del por qué y para qué hemos sido creados.

Siglos de la oscuridad más cerrada entenebrecieron nuestra mente en la confusión de la ignorancia que idolatra lo que sin ser Dios, sin embargo, lo recuerda. Guiados por el incierto lazarillo interior los pasos de generaciones enteras de hombres no conocieron la luz. Pero la noche más larga de la historia también habría de concluir en alborada.

Siglos de tinieblas se enfrentaron con una luz desconocida que devolvió a cada cosa su verdadera figura, que delimitó cada contorno, que definió cada forma. La sombra que antes se enseñoreaba sobre toda la creación huyó con sus espectros y fantasmas ante la llegada de esta luz matinal. "La gloria del Señor envolvió con su luz" (Lc. 2, 9) a los pastores que en medio de la noche soñaban la aurora que les mostrase el rumbo de sus rebaños. Una estrella iluminó en oriente (Mt. 2, 2) el camino de tres sabios que anhelaban abrazar la Verdad. La luz venida al mundo para iluminar a todo hombre (Jn. 1, 9) recibe "el nombre de Jesús, nombre que antes de su concepción le había sido dado por el ángel" (Lc. 2, 21), "nombre sobre todo nombre" (Flp. 2, 9), nombre que ha de resolver con su claridad el enigma de cada nombre. En Cristo está la clave de este intento de vislumbrar el nombre con el cual Dios nos nombra.

Para ingresar en el misterio de Jesús descansaremos como san Juan nuestra cabeza sobre su pecho (Jn. 13, 25). Allí, en el rítmico latido de un corazón amante, aprenderemos el nuevo lenguaje que todo lo descifra. Sabemos que "el corazón al corazón le habla"², somos conscientes de que este inefable idioma de Cristo sólo

² Lema cardenalicio de John Henry Newman.

puede ser comprendido desde el amor. Creemos como Pascal que el corazón tiene razones que la razón desconoce. Por eso elegimos el Evangelio según san Juan para acceder al misterio del nombre de Cristo. El discípulo amado y amante del Señor será quien dé "testimonio de estas cosas" (Jn. 21, 24). Aquél que al pie de la cruz vio abrirse por la lanza el costado de Cristo encontró en esa herida de amor el camino directo para acceder al corazón del Señor.

¿Y qué nos dice san Juan del nombre de Cristo? Aquella primera revelación del nombre de Dios hecha a Moisés (Ex. 3, 14), aquel "Yo soy" que manifiesta con claridad su realidad esencial, se completa en el cuarto evangelio con la expresión de su realidad existencial. San Juan complementa el nombre de Yahvé con un conocimiento que sólo puede surgir de la amistad más íntima. Su anuncio de la Buena Nueva de Cristo nos presenta a quien asume el "Yo soy" para revelarnos con doméstica familiaridad los aspectos más hondos de su ser. "Yo soy el Pan de Vida" (Jn. 6, 20); "Yo soy la Luz del Mundo" (Jn. 8, 12); "Yo soy la Puerta de las ovejas" (Jn. 10, 7); "Yo soy el buen Pastor" (Jn. 10, 11); "Yo soy la Resurrección y la Vida" (2 Jn. 11, 25); "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida" (Jn. 14, 5); "Yo soy la Vid verdadera" (Jn. 15, 1). El "Yo soy" parece repetirse para introducir en cada oportunidad una nueva clave de ingreso en el misterio de Cristo.

Ya no sólo nos dice que es y que está, que su presencia es más íntima a las cosas que su mismo ser, que su cercanía es más estrecha e inmediata de lo que supone nuestra conciencia. Ahora nos dice cómo es y cómo está en medio de nosotros.

Él es como una luz que ilumina para disipar toda oscuridad. Su presencia no sólo se manifiesta en su "estar" en medio de cada cosa: él es la luz que hace inteligible cada ser, cada historia, cada nombre.

Él es como una puerta abierta que nos permite trascender nuestros límites. En medio de nuestro encierro existencial, él es una salida a la trascendencia. En el alto muro que limita nuestro ser enfrentándonos a la dolorosa verdad de nuestra finitud, él es la puerta que nos abre el acceso al más allá.

Él es como un camino que nos lleva de vuelta al hogar paterno. Nuestros pasos encuentran en él la huella que orienta su incertidumbre. Su presencia no se constituye aún en su calidad

de meta. Él quiere hacernos participar en nuestra propia redención. Por eso su ser es como un camino que allana una ruta intransitable.

Y en este camino Él es como un pastor que nos conduce. Como el guía que conoce los pasos hacia las praderas verdes. Él es como el que sale a nuestra búsqueda cuando nos extraviamos. Él es como el que cura nuestras heridas cuando nos lastimamos. Él es como quien nos carga sobre sus hombros para evitarnos el esfuerzo que excedería a nuestras fuerzas.

Él es como el pan que sacia nuestra hambre y nos alimenta y fortalece para poder seguir nuestro camino. Y es como una vid que nos sostiene con su savia, reavivando con su gracia nuestra esterilidad.

Él es la resurrección que supera el horizonte último que cierra nuestra existencia terrena. La muerte, la frontera que ningún hombre ha podido franquear, abre ante él sus puertas, porque es la misma Vida que nos alienta.

Jesucristo es el Verbo, la misma Palabra de Dios hecha carne. Es la palabra expresada. Designa la entidad mental que guarda la realidad en el concepto. Y algo más: es ese mismo concepto transmitido, comunicado, compartido. De ahí, el signo de la luz para manifestar su intimidad. La luz es el resplandor de la verdad, es la expresión exterior del fuego interior, es el brillo que emana del ser.

Los hombres de nuestro tiempo no llegamos a comprender la hondura de este símbolo de la luz. Nuestras noches no conocen la limitación de la candela, ni la anhelante espera de la aurora que permite superar las tinieblas. Hoy nos basta presionar una perilla para ver como en pleno día. Pero el contemporáneo de Cristo conocía perfectamente la angustia nocturna. Los avances técnicos nos han distanciado de la comprensión plena de estos símbolos naturalmente expresivos de la presencia de Dios, pero —aun así— pocos signos como la luz podrían tener una elocuencia similar para designar el nombre de Cristo.

La noche, como contrasigno de la luz, simboliza aquel tiempo de espera y confusión que antecede a la aurora. Es el reino de la oscuridad que limita al hombre en su visión, reduciendo sus posibilidades de acción. Es la heredad del sueño y del desvarío, es la

madre del error y de la mentira. La noche nos trae sus tinieblas que cierran nuestros ojos a la realidad para abrirlos a las quimeras de la ensoñación. La noche con sus sombras engendra los fantasmas que nos confunden, desorientan y engañan.

La luz nos devuelve el don inestimable de la visión. La ceguera nocturna anhela esperanzada que el día le recupere la alegría de ver. La luz nos da la capacidad de diferenciar y distinguir, de elegir conforme a una libre opción que conoce las alternativas. La luz nos otorga la responsabilidad de haber conocido el porqué de nuestras decisiones.

Jesús es la Luz del mundo, es un nuevo amanecer que viene a devolvernos la alegría original de ver el rostro de Dios. Es también la luz que nos permite reencontrarnos con nuestro propio rostro y con el de nuestros hermanos. Jesucristo, amanecido al mundo en esa noche de Belén, es la Luz que brilla en las tinieblas (Jn. 1, 5) y a cuantos lo reciben les transmite su poder incandescente. Los hombres, como el hierro que se acerca al fuego, se contagian su calor y su luz, y mientras permanecen unidos a la fuente original pueden transmitir a los demás lo mismo que gratuitamente reciben.

Capítulo 10

JESÚS, LA PUERTA QUE NOS ABRE A LA VIDA

En nuestro peregrinar hacia la casa paterna todos los hombres compartimos la percepción de una misma realidad: somos limitados. La experiencia universal nos enfrenta a todos con la idea del horizonte, de aquello que conoce el límite, la frontera de ser que se presenta en todo lo finito. Esta percepción se contradice, de alguna manera, con nuestra espiritual apertura al infinito.

Todos los seres creados nos humillamos ante la común certeza de hallarnos involuntariamente frente al límite que nos cerca. Sin embargo, hay algo en nuestro interior que nos impulsa a la trascendencia que no conoce horizontes.

La realidad primera que enfrenta nuestra experiencia se nos presenta con una evidencia inconfundible. No somos infinitos; sólo Dios es Dios. Apenas empezamos a caminar conocemos la estrechez de la frontera que nos circunscribe. Nuestras fuerzas parecen desproporcionadas con respecto a nuestros anhelos. Los sueños parecen exceder las dolorosas fronteras de nuestra limitación, pero no son más que sueños. Sólo Dios sueña realidades.

Altos muros cierran nuestros pasos, sea cual fuere el camino que elegimos para trascendernos. La altura inalcanzable de esas murallas las convierte en obstáculos inexcusables. El encierro de la finitud marca el devenir de cada hombre con la frustrante experiencia del límite.

Aun en el caso de que nuestra necesidad nos confunda haciéndonos creer todopoderosos, allí está la muerte para demostrarnos lo contrario. Si la experiencia de las numerosas fronteras de nuestro poder no es lo suficientemente elocuente como para enseñarnos la finitud, el ocaso de nuestra vida aguarda presentarnos ante la impostergable realidad de nuestro límite. El horizonte del ser y, en consecuencia, del poder, nos circunda como un muro inaccesible.

Las paredes de nuestra finitud marcan con una precisión inmutable el contorno de la propia capacidad de saciar la sed. Todos los seres creados son limitados, pero sólo los seres racionales tienen conciencia de esta estrechez que los obliga a ser de acuerdo a su medida y conforme a su propia cualidad.

La contradictoria percepción que confunde nuestra experiencia más elemental es la de sentir que la sed de infinito parece insaciable dentro de los propios límites de la propia finitud. La paradoja irresoluble de la immanencia y trascendencia que conviven en el interior del hombre exige un redentor que la supere. Sólo desde más allá de nuestras murallas pueden abrirse las puertas que nos obligan a reducirnos a un involuntario encierro. De nuestro lado, la superación del límite parece ser sólo un deseo frustrado de antemano por una realidad insoslayable.

Es Jesucristo, el Señor, quien nos dice: "Yo soy la puerta; si uno entra por mí, estará a salvo; entrará y saldrá, y encontrará pasto" (Jn. 10, 9). En medio de ese muro inexpugnable que nos cierra al infinito, se abre una puerta. Aquel que es "Verdad y Vida" (Jn. 14, 5), también es camino que conduce, puerta abierta que adentra en el misterio del más allá inalcanzable.

Ciertamente, no estamos ante una puerta cerrada, es el mismo Señor el que nos invita a entrar por ella; pero sigue tratándose de una puerta. El muro aún existe. La puerta supone sólo una abertura, pero alrededor de ella la pared permanece. Por eso la puerta, si bien no impide el paso, sigue siendo signo de protección

y selección del ingreso hacia aquella zona que custodia. Al banquete del reino (Lc. 14, 15-24) se invita a todos, pero sólo algunos son admitidos. Para ingresar a través de este muro que nos impedía la trascendencia, una lanza abrió el costado del Señor en la cruz (Jn. 19, 31-37); es necesario remontar ese flujo de agua y sangre redentora para adentrarnos en el pecho que contiene el mismo universo.

En las mitologías iniciáticas, la puerta sugiere un camino abierto, pero de difícil acceso. La virtud natural de la religión supo expresar por este signo que el ingreso a ese "más allá" que los hombres ansiamos es la meta de un doloroso peregrinar que busca desandar el camino errado desde el pecado. La revelación de Cristo elegirá para esta entrada el signo de la cruz. Sólo quien cargue con su cruz puede seguir al Señor en este camino de vuelta al Padre. La cruz es la puerta que nos abre a la trascendencia.

Jesucristo, plenificando con su enseñanza toda la sabiduría alcanzada por los hombres, nos habla de la puerta estrecha (Lc. 13, 22-30). El signo es elocuente al sugerir que debemos esforzarnos por entrar, "porque muchos tratarán de hacerlo y no podrán". La enseñanza de Cristo no puede disimular esta realidad por dura que parezca.

La trascendencia después del pecado sólo puede ser fruto de la redención, y la redención supone el paso purificador de la cruz. Nuestra fe en el Señor debe reconocerlo como aquel crucificado que no fue vencido por el límite de la muerte.

Esta puerta, que ahora está abierta, no lo estará por siempre. Cristo, que la abrió con su resurrección, la cerrará cuando sean consumadas todas las cosas. Por eso su invitación es a velar y a estar vigilantes. Aceptar la salvación del Señor supone estar atentos para que la puerta no se cierre (Lc. 13, 25). Los que se distraigan con la apariencia de este mundo que pasa se acercarán al banquete cuando ya sea muy tarde. Golpearán a la puerta cuando ya esté cerrada y dirán: "¡Señor, Señor, ábrenos!", pero él responderá: "En verdad, os digo, no os conozco" (Mt. 25, 10).

Pero mientras llega ese día final, Jesucristo es la puerta abierta, aquella que permite entrar y salir a voluntad. Su respeto por la libertad del hombre es tal que deja escapar a quienes no quieren permanecer en su abrigo. Es una puerta que no atrapa, que no se

cierra después de nuestro ingreso, para que nuestra permanencia sea el resultado de una adhesión libremente elegida. Jesús es la puerta que no produce la agobiante sensación del encierro, sino la placentera experiencia del cobijo. Su abrazo es el del verdadero amor, que no busca poseer, sino sólo proteger y amparar.

La puerta abierta también es signo de acogida, de bienvenida, de invitación gratuita y generosa. Dios es la entrada amable del anfitrión hospitalario y pródigo. El hombre puede cerrar sus puertas a Dios, pero Dios no puede dejar de estar en el hombre. Paradójicamente, Dios no cierra sus puertas al hombre y, sin embargo, el hombre puede no estar en Dios.

San Pablo nos dice que Jesucristo es la única puerta, "por él unos y otros tenemos acceso al Padre, en un mismo Espíritu" (Ef. 2, 18). No hay otro camino. El muro que nos cierra a la trascendencia sigue ahogando nuestro ser en la agobiante realidad de la estrechez. Los hombres hemos intentado todos los recursos posibles para superar este encierro existencial, pero después de arduos e inútiles intentos, nos enfrentamos a que existe "un camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo de su carne" (Heb. 10, 20), una sola senda abierta, una única puerta que conduce a la vida.

Y para que esta abertura no pase inadvertida por aquellos que deben entrar por ella, Jesucristo está a la puerta y llama (Apoc. 3, 20; Cant. 5, 2), porque es pastor y su descanso comienza sólo cuando el rebaño conoce la quietud del amparo seguro.

Por eso, ¿cómo podemos llamar a Cristo?, ¿cómo podríamos explicitar su misión de Redentor de todos los hombres? San Juan elige nombrarlo como la puerta —la puerta estrecha, pero abierta— que en medio del agobio de nuestra inmanencia nos permite el trascendente acceso a Dios.

Capítulo 11

JESÚS, EL AMANTE VERDADERO

Cada "Yo soy" del Evangelio según san Juan nos permite ingresar en ese arcano del nombre de Dios. La primitiva revelación mosaica se enriquece por cada nuevo predicado que explicita la naturaleza infinitamente inalcanzable del sujeto divino. Jesucristo no sólo nos revela que Dios es el ser subsistente, que existe desde siempre y para siempre; no sólo se nombra con la condición de estar cercano a la historia de su pueblo, de acompañar su peregrinación terrena, de hacerse presente detrás de cada acontecimiento. Jesucristo, eligiendo entre los símbolos aquellos más expresivos de la esencia divina, nos enseña que Dios es como una luz cuya misma presencia disipa nuestras tinieblas; como una puerta que en medio del encierro existencial de nuestra finitud nos abre a la trascendencia; como un pastor que guía nuestro caminar, repara nuestras fuerzas, sana nuestra enfermedad, corrige nuestros yerros.

Pero san Juan parece haber alcanzado la síntesis de todos los nombres de Dios en el simplísimo nombre de "Amor". En su primera carta nos dice que "quien no ama no ha conocido a Dios,

porque Dios es amor. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados" (1 Jn. 4, 8-10).

El nombre de Dios es "Amor", pero el conocimiento de este nombre no se da por la vía intelectual. Amando conocemos a Dios al reconocerlo en esa tendencia de nuestra voluntad al bien. San Juan aclara que la captación del amor no puede ser transmitida por vía conceptual. Como no se puede definir la dulzura sin haber experimentado el sabor de lo dulce, de un modo semejante, es imposible ingresar en la comprensión del amor sin haberlo experimentado.

Pero no sólo es necesaria la experiencia del amor para alcanzar la siempre relativa comprensión de su fuente. Otro requisito es el de amar de modo permanente. "Dios es amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él" (1 Jn. 4, 16). El amor requerido para ingresar en el arcano de Dios no puede confundirse con la simple veleidad. El amor debe pasar la prueba de tiempo. No basta "estar" con Dios, es necesario "permanecer" en él.

San Juan explica que el amor consiste precisamente en que Dios nos haya amado y nos haya enviado a su Hijo único como propiciación por nuestros pecados. El amor de Dios es gratuito, no se debe a nuestro bien, sino al suyo. El amor de Dios es también generoso, se expresa en la entrega. Y no en la entrega de un don externo, sino en la donación de sí mismo. El amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, ¡cómo podríamos no amarlo si él es el sumo Bien! Por eso, para que nuestro amor tenga el mérito de la donación gratuita, es que Dios esconde su perfecta Bondad a nuestros ojos.

Dios es amor. La definición más perfecta con que Juan puede expresar la esencia de ese Dios que conoció mediado en Cristo. Sin duda, cuando reposó su cabeza en el pecho del Señor, no escuchó otra enseñanza repetida en cada uno de sus latidos.

Pero, ¿qué entendemos nosotros por amor? San Juan nos aclara que debemos partir de nuestra propia experiencia de amar y nos advierte sobre el peligro de confundir el amor con

ese inconstante sentimiento que nos inclina a tender hacia determinados objetos, pero sin la confirmación de la perseverancia.

Todos los hombres tenemos experiencia del amor. Pocos sabrían definirlo, pero cada pueblo, al elaborar una palabra para designarlo, ha podido compartir una experiencia que parece común a toda la humanidad. Es frecuente la divinización del amor entre los pueblos primitivos. Los griegos, por ejemplo, acostumbraban representar al dios Eros como un adolescente alado y con los ojos velados que, al unir con sus flechas dos corazones, los inclinaba mutuamente por un sentimiento irresistible.

La plasticidad de este símbolo hace explícita toda una cosmovisión. Eros es un dios adolescente; su naturaleza responde a la fresca espontaneidad de la inmadurez, su obrar no tiene el peso reflexivo de la edad madura. Sus ojos están velados por una voluntaria ceguera que explica su actuar irresponsable, desproporcionado, desprolijo, desbordante.

El amor entendido así es caprichoso como un destino ciego que no conoce razón en la complementación que enriquece la unión de lo diverso. Su presencia misma parece justificarse por su carácter de irresistible. Aparece como aquello que no admite límite, ni acepta en su despótico arbitrio la más ligera insubordinación. Es el amor irracional que no reconoce orden, ni norma. Es el fruto inconstante de un sentimiento inmaduro.

La iconografía de cada tiempo usó su ingenio para representar el amor de acuerdo con sus propios criterios. Así como en el siglo pasado, las escenas de la galantería cortesana dieron paso a los bucólicos paisajes del amor pastoril, también nuestra época tiene sus medios para expresar su concepción del amor. Hoy, como en toda la historia de la humanidad, se habla mucho del amor. Si la esencia de Dios es el amor y los hombres estamos creados a su imagen y semejanza, ¿qué otro tema podría ocupar la constante reflexión humana?

El mundo occidental y cristiano no representa al dios Amor como un adolescente caprichoso. Nuestro Dios-Amor expresa su misterio con la imagen de Cristo, ofreciendo su vida en la cruz. Es el sacrificio de un hombre maduro. Es el signo expresivo de una entrega libre y voluntaria. Jesucristo mismo nos ha dicho que ha

venido para entregar su vida por amor a los hombres, él nos explica que no hay amor más grande que dar la vida por los que se ama. El amor de Cristo es un amor constante, no conoce el frívolo fluctuar de la veleidad. Es amor hasta la muerte.

Nuestro Dios-Amor también envía sobre los corazones sus dardos encendidos, pero su respeto por nuestra libertad es absoluto. Su llamada es una serena invitación. Su amor respetuoso de la libertad es el que constituye nuestra contestación en un acto responsable. Podemos "dar respuesta" de nuestro amor, porque no se trata de un sentimiento irresistible, sino de la libre elección del bien.

El amor de Dios es el abrazo de tres Personas que alcanzan su máxima unión manteniendo su perfecta distinción. El amor de Dios es el encuentro en la intimidad de una sola persona de la naturaleza divina y la humana. El amor de Dios es su presencia en cada cosa, sin que cada cosa deje de ser lo que es.

"Nosotros amemos, porque él nos amó primero" (1 Jn. 4, 19). Su amor no es respuesta. Su amor es llamado, invitación, propuesta...

Sin duda este nombre de "Amor" es el Nombre sobre todos los nombres, aquel Dios escondido al que todos reverenciamos aun sin saberlo, aquella clave que resuelve el enigma de quién es Dios, pero también la pista que alumbra el encuentro con nuestra propia esencia.

Capítulo 12

MARÍA, MUJER RENOVADA

“Junto a la cruz de Jesús estaba su madre” (Jn. 19, 25), nos dice el Evangelio según san Juan. María aparece al lado del Señor, cercana a su corazón, desde el mismo momento de su concepción virginal hasta el de su pasión y muerte. Nadie, como ella, ha compartido la cercanía de ese Dios que hecho hombre ha querido superar la barrera de todas las distancias.

Sería, sin duda, dulcísimo para Dios degustar de este nombre en el que habría de ver restaurado el rostro de una creación otra vez inocente. Dios vive más allá de todo tiempo y espacio, pero en su acción en la historia a veces parece tener una santa impaciencia. Así vemos que por las profecías se adelanta a la enseñanza de los hechos, y por los signos y figuras anticipa el mensaje de las realidades.

Esta divina impaciencia ha querido adelantar en María los efectos de la redención al concebirla sin pecado. Dios ha querido anticipar en ella los efectos de una redención hasta entonces sólo presente en su mente. Es esta misma impaciencia la que lleva a Dios a anticipar los efectos de la resurrección al asumirla al cielo

en cuerpo y alma. Su cuerpo podría haber esperado el día final para conocer al abrazo definitivo de toda la naturaleza humana —cuerpo y alma— con Dios, pero la impaciencia de Dios no quiso esperar...

María, consciente de la obra que Dios va realizando en ella, reconoce que es el Señor quien ha hecho obras grandes en ella (Lc. 1, 46-56). Todos estos privilegios recibidos prevén como motivo la misión extraordinaria de esta virgen que habrá de gestar en su seno al Dios hecho hombre. La maternidad divina es la fuente de esta predilección por la cual Dios la colma de dones desde el momento mismo de su concepción inmaculada.

Sin embargo, Jesús, las dos veces que se dirige a María en el Evangelio, no la llama Madre, sino "Mujer".

En ese primer milagro que parece arrancado por la mediación maternal de María, Jesús le responde: "¿Mujer, qué tenemos tú y yo que ver con esto?" (Jn. 2, 4). La llama mujer, y no madre, aunque filialmente le concede la gracia de mostrar que su poder divino puede convertir todo lo que no tiene sabor, color, ni aroma, en algo encarnado y festivo como es el vino.

Y en el solemne momento de la cruz, como para sellar una alianza que los ha unido durante toda la vida, será Cristo quien se dirija a la Virgen para pedirle un favor. Le pedirá que lo encuentre detrás de cada hombre, y para esto le dice: "Mujer, ahí tienes a tu hijo" (Jn. 19, 26). Otra vez la llama mujer, y no madre, aunque maternalmente María accede, como siempre, a complacer la voluntad de su hijo. ¡Y qué bien ha cumplido su parte! La Virgen nos ama no porque seamos amables, sino porque detrás de nuestro rostro deformado ha sabido encontrar el de su Hijo. La obediencia de esta mujer que nunca le dijo no a Dios es el impulso que la mueve a encontrar a Cristo en nosotros. Aquella que en la cruz supo descubrir el amor de Dios detrás de la agonía de aquel condenado, es la que en la fe sabe descubrir la presencia del rostro de Dios escondido en cada rostro humano.

Así es que Jesús para presentar a su madre prefiere usar el nombre de "mujer". Y si lo hace es para presentarla como la imagen misma de la mujer renovada. María es la nueva Eva: aquella que tomada del costado abierto del segundo Adán estará a su altura, será su compañera, su refugio, su amparo. Verdade-

ramente, esta nueva "mujer" es hueso de sus huesos y carne de su carne; es quien gestando al redentor es gestada por la redención. Es el primer fruto de esta nueva generación redimida por la sangre de su Hijo.

María, como nueva Eva, es la mujer que no repite la triste historia de nuestra primera madre. Ella no escucha los engaños y mentiras del demonio, ella es quien pisa la cabeza de la serpiente que intenta seducirla. Ella, con su humildad de servidora, es la nueva mujer que desanda el camino de la soberbia. Ella, conocedora de su misión de ser madre de Dios, se refiere a sí misma como la esclava del Señor. Ella sabe guardar su lugar de creatura: canta la grandeza de Dios (Lc. 1, 46-56) y siendo consciente de la obra grande que se realiza en ella, se reconoce siempre pequeña.

Si Eva, ante la seducción del ángel caído, se deja confundir por la vanidad y la mentira; María, ante el anuncio de otro Ángel, no se deslumbra por la grandeza de la propuesta, más bien se turba ante esas palabras (Lc. 1, 29). Recibiendo de Dios la invitación para participar en su intimidad, se llama a sí misma la esclava del Señor (Lc. 1, 38; 1,48). Su nuevo estado no le merece mayor resguardo que el de la donación generosa de sí misma, y con rapidez se dispone a atender los cuidados de su prima Isabel (Lc. 1, 39 ss.).

Dios, satisfecho, pondera la grandeza de María. El Ángel la llama llena de gracia (Lc. 1, 28) y se dirige a ella como la que ha hallado gracia delante de Dios (Lc. 1, 30). María pondera la grandeza de Dios y se humilla; Dios, por su parte, enaltece a María y se hace a sí mismo pequeño, al encarnarse en su vientre virginal.

Esta es la constante paradoja del Evangelio. Dios engrandece al que se humilla. Y el modo de engrandecerlo es hacerse lo suficientemente pequeño como para colmarlo con su presencia. "Porque todo el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado" (Lc. 14, 11).

María es la nueva mujer que, al enfrentarse al árbol de la cruz, no lo encuentra "bueno para comer, apetecible a la vista y excelente para lograr sabiduría" (Gén. 3, 6). Ve más bien el doloroso fruto del pecado del hombre. Sin embargo, con los ojos de la fe, sabe ver en ese madero de árbol muerto el fruto de la vida. Y lo toma para comer de él, y para entregárselo a todos sus hijos, a

todos los hombres. El agua de ese costado abierto del que ella misma procede fecunda su alma para engendrar en su vientre virginal la humanidad renovada por la gracia.

Nos relata el Evangelio que en una oportunidad Jesús “estaba hablando cuando su madre y sus parientes se presentaron afuera porque querían hablar con él. Alguien le dijo: Ahí afuera están tu madre y tus parientes que desean hablarte. Pero él respondió al que se lo decía: ¿quién es mi madre y quiénes son mis parientes? Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: estos son mi madre y mis parientes. Pues todo el que cumpla la voluntad de mi Padre celestial, éste es mi hermano, mi hermana y mi madre” (Mt. 12, 46-50). La maternidad de María es en realidad el don de Dios, por eso Cristo prefiere resaltar su fe y su obediencia. Si la obra de Dios engrandece a María, es la respuesta de ella la que engrandece al Señor.

“María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón” (Lc. 2, 19). Ella contempla el misterio que hace de su virginidad consagrada, la fuente de una maternidad nueva. Con dolores de parto engendra a sus hijos. Recuerda cuando “Simeón la bendijo y le dijo: éste está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción —y a ti misma una espada te atravesará el alma!— a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones” (Lc. 2, 34-35).

Por eso, cuando esa mujer se adelanta para decirle a Jesús: “dichoso el vientre que te levó y los pechos que te amamantaron!, él dijo: dichosos más bien los que escuchan la Palabra de Dios y la guardan” (Lc. 11, 27-28). Si María es bienaventurada por haber sido elegida para ser la madre de Dios, cuánto más lo es por haber sabido responder a ese misterio. Porque en lo primero hay gracia de predilección, pero en lo segundo está el mérito de la respuesta libre. Y “muchos son los llamados, pero pocos los elegidos” (Lc. 22, 14); muchos son los favorecidos por la gracia de Dios, pero pocos los que saben responder al don divino.

Jesús, al llamar a su madre “mujer”, quiere mostrar que no es sólo su madre, sino la de todos los hombres. Este es el misterio de María. Dios entretejió en ella un corazón de madre, para aparentemente contradecirse al llamarla a la consagración de su virginidad. Siendo virgen la llama a ser madre, siendo madre la

despoja de su hijo "que debe ocuparse de las cosas de su Padre" (Lc. 2, 49). En la cruz contempla morir al que gestó en su vientre para ver nacer a todos sus hijos. Por eso, el misterio de su nombre guarda la arcana paradoja de la integridad fecunda, de la humildad enaltecida, de la mujer renovada.

Capítulo 13

JOSÉ, EL SILENCIO ELOCUENTE

Dios ama el silencio. Dios ama, también, la elocuencia de la palabra. Los hombres entendemos la elocuencia, a veces, como un sinónimo de verborragia, pero Dios no. En una sola Palabra, en su Verbo eterno, ha podido expresar toda la Verdad, Bondad y Belleza que contiene. Por eso Dios, que ama en nosotros todo aquello que lo refleja, ama también a los silenciosos y a los elocuentes. Dios ama la simplicidad con que se ha de transmitir un mensaje. Dios detesta la palabra hueca, el ruido que rompe la dulzura del silencio, el sonido vacío de contenido.

Jesucristo, la Palabra hecha carne, contiene calladamente la sabiduría divina y la expresa por entero en el silencio de Nazareth, de Belén, de Egipto. Él mismo nos invita a ponderar el valor del silencio al enseñarnos que de toda palabra ociosa habremos de dar cuenta en el día del Juicio. Porque por nuestras palabras seremos declarados justos y por ellas mismas habremos de ser condenados (Mt. 12, 36-37).

En el Evangelio posiblemente no exista personaje que mejor represente la elocuencia del silencio que san José. Los relatos de la

infancia de Jesús lo tienen presente con una cercanía inmediata al gran protagonista; sin embargo, no registran ninguna palabra suya. Su presencia aparece como un vigoroso estar sin hacerse sentir. En oportunidades su estar adquiere la impalpable consistencia de la sombra. Es el hombre que contempla el misterio, y junto a su esposa guarda en el silencio de su corazón aquello para lo cual no encuentra palabras en su boca.

El Evangelio nos relata que “la generación de Jesucristo fue de esta manera: Su madre, María, estaba desposada con José y antes de empezar a convivir, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo. Su marido José, como era justo y no quería ponerla en evidencia, resolvió repudiarla en secreto” (Mt. 1, 18-19). Este es el primer gran silencio de José. Al descubrir que María guarda en sí el secreto de un gran misterio que la hace madre y virgen, decide dar un paso al costado. Ciertamente, no es desconfianza. Conoce a la mujer que ha elegido. Conoce la pureza y castidad de María y por eso no puede dudar de su virtud. Tampoco se trata de huir de su compromiso. José es un hombre, es todo un hombre.

José, respetuoso del misterio, silenciosamente quiere mantener su distancia de una historia a la que no se siente llamado. Sabe que algo extraordinario está pasando en María, pero aún no ha sido invitado a compartirlo con ella. De hacer público que no es él el padre del hijo de su prometida, María corre peligro de ser apedreada como adúltera. De asumirlo como suyo, se apropia de algo que no le corresponde. Y José es un hombre justo, él no quiere forzar su ingreso en ese misterio que silenciosamente se gesta en el seno de María. Por eso, porque es justo, decide alejarse en secreto.

“Así lo tenía planeado, cuando el Ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: José, hijo de David, no temas tomar contigo a María tu mujer porque lo engendrado en ella es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados... Despertado José del sueño, hizo como el Ángel del Señor le había mandado, y no la conocía hasta que ella dio a luz un hijo, y le puso por nombre Jesús” (Mt. 1, 20-25). Ahora sí podía acercarse a este misterio, el Ángel del Señor lo había invitado a hacerlo. Ahora negarse sería cobardía. Y José no era ningún cobarde.

“Subió José desde Galilea, de la ciudad de Nazareth, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por ser él de la casa y familia de David, para empadronarse con María, su esposa que estaba encinta” (Lc. 2, 4-5). José hace suyo este misterio. Su primera misión será la de situarlo en el lugar preciso para que se cumplan las escrituras. Silenciosamente enlaza la ley de los hombres con la de Dios. Silenciosamente contempla ese hilo invisible que borda la historia y da un sentido a los hechos en apariencia más fortuitos.

Y una vez más “... el Ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: levántate, toma contigo al niño y a su madre y huye a Egipto; y estate allí hasta que yo te diga... Él se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y se retiró a Egipto; y estuvo allí hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliera el oráculo del Señor por medio del profeta: de Egipto llamé a mi hijo” (Mt. 2, 13-15). Es curioso que los anuncios angélicos siempre se le presenten en sueños. No sucede así con María (Lc. 1, 26), ni con Zacarías (Lc. 1, 11). A ellos se les aparece el Ángel, se les da la posibilidad de dialogar con él. Con José no sucede así. Él es el mudo receptor de un mensaje. No se le da la oportunidad misma de la pregunta. Dios conoce el corazón justo de José, él no necesita muchas palabras para entender.

Allí está José, en ese destierro de Egipto, contemplando en silencio el misterio de Dios en ese niño que crece en el exilio. A veces los personajes que pudieron contemplar de cerca la presencia de Cristo en su vida terrena nos producen una cierta envidia. ¡Cómo quisiéramos nosotros gozar de esa cercanía del Señor! Creemos equivocadamente que Dios se mostró sin velos a ellos, pero no ha sido así. Difícil habrá sido para los pastores reverenciar en el pesebre a ese niño que en nada se distinguía a sus ojos de los otros niños de su pueblo. Arduo habrá sido para esos magníficos sabios de Oriente reconocer que la meta de su viaje se guardaba en la pobreza de un establo.

Los ojos de José no gozaron de un mayor privilegio. Él debió encontrarse con Cristo en la fe. Debió abrazarse con Dios en ese hijo que de tan cercano a veces le parecería suyo. Debió reconocer la majestad de aquél a quien todas las puertas se cerraron en Belén. Debió descubrir la providencia de aquél a quien él debía

proveer. Y si su fe se robusteció con lo que no vio, su testimonio se expresó en lo que no dijo. José aceptó en silencio la presencia de Dios en ese niño que crecía a su lado y en silencio le ofreció su vida entera.

“Muerto Herodes, el Ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto y le dijo: levántate, toma contigo al niño y a su madre, y ponte en camino de la tierra de Israel; pues ya han muerto los que buscaban la vida del niño. Él se levantó, tomó consigo al niño y a su madre, y entró en la tierra de Israel. Pero al enterarse de que Arquelaos reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allí; y avisado en sueños, se retiró a la región de Galilea, y fue a vivir en una ciudad llamada Nazareth; para que se cumpliera el oráculo de los profetas: será llamado Nazareno” (Mt. 2, 19-23). Dios, que había prometido a Abraham una tierra y una descendencia, sabe muy bien que para un hombre no hay entrega más grande que la de la patria y la paternidad. Esta es la ofrenda que recibe de José. Quizá él había soñado con un taller estable y un hogar lleno de niños, pero Dios pidió otra cosa.

Los vecinos de Nazareth al verlos volver a su pueblo creyeron en esta paternidad y años después la recordaban y decían: “¿no es este el hijo de José?” (Lc. 4, 22). Pero él, que sabía que no era su hijo, guardaba silencio, respetuoso silencio.

Sin duda, José había descubierto el valor del bien practicado en secreto (Mt. 6, 1-18). Sus palabras, que sólo Dios escuchaba, se elevarían al cielo con la certeza de su eficacia.

Y en silencio pediría a Dios que lo haga como una noche serena que oscurece el firmamento para que su hijo descanse y sueñe... Rogaría ser como el agua que besa la tierra para hacerla pródiga y como el calor dorado del sol que arranca de la semilla el brote fecundo... Con la elocuencia de su corazón callado pediría ser como la brisa fresca de la tarde que alivia al hombre en estío y como el viento potente que conduce las naves al puerto seguro... Y con su esfuerzo mudo intentaría ser como un árbol añoso que ofrece sombra, cobijo y alimento... Y en esa pobre casa habrá buscado imitar al mar que seda y a la montaña que invita a elevarse... Y con la ambición infinita de quien nada desea habrá dibujado un horizonte ilimitado que no conoce la estrechez, ni la cerrazón...

Muchas palabras arruinarían este intento de acercarnos al nombre de José. Es un personaje para conocer y contemplar calladamente. Así descubriremos la misteriosa elocuencia de su silencio.

Capítulo 14

SIMÓN, EL HOMBRE DEL MAR

De entre el grupo de los Apóstoles vamos a detenernos en este Simón, hijo de Juan, a quien Jesús cambia el nombre por el de Cefas.

El Evangelio nos lo presenta como el primero entre aquellos que gozaban de la mayor cercanía del Señor (Mt. 10, 2). Aparece en las riberas del mar de Galilea, empeñado en arrancar de su líquida morada el alimento cotidiano. Es un pescador, es un hombre que sabe que no ha sido él quien sembró su cosecha. Es quien, consciente del generoso don marino, echa confiado las redes diarias en el abismo de la providencia para recogerlas cargadas de sus frutos.

Simón es el hombre del mar. Nuestra naturaleza humana ama la sólida estabilidad de la tierra firme. Nuestros pies esperan encontrar el sostén compacto que da apoyo a nuestro paso y seguridad a nuestro andar. El mar no es nuestro medio. Las aguas no ofrecen su cohesión como cimiento para nuestras construcciones. Nuestro peso es superior a su firmeza y su profundidad excede nuestra estatura. El mar aparece como el límite de nuestra esta-

bilidad. Su constante movilidad desconcierta nuestra previsión. Es el reino de lo inesperado e indómito, es la nación del peregrino constante que no espera encontrar el arraigo de la propia heredad, ni el amparo de un hogar. Es la temida intemperie que no conoce jamás el cobijo de otro techo que no sea el cielo.

Simón es el navegante, el hombre que conoce el continuo riesgo de tener por pared el viento, el sol por abrigo y las estrellas como lazarillos nocturnos. Simón es el peregrino de esta tierra sin amparo, el caminante de este rumbo sin sendero, el nómada de este devenir sin posada.

Ha crecido en medio del duelo cotidiano entre el hombre y el mar. Sabe que ambos pretenden arrebatarle su tesoro. Ingresa diariamente en esa tierra incierta con temor y respeto, y opone su fuerza al viento y al mar hasta cargar su barca del alimento necesario. Conoce la necedad de la ambición que en su afán acapara. Su oficio le ha enseñado que el pescado no puede guardarse en graneros. El pescador no necesita más que el don cotidiano. Mañana volverá a repetir el ritual riesgoso y sagrado de ganar el pan de cada día con el sudor de su frente. Simón no guarda nada en sus arcas. Su riqueza se conserva allí, en el mar; allí está su tesoro, aguardando la extracción ceñida a la medida justa de las necesidades diarias.

Ese mar inesperado y remiso es, sin embargo, su amigo. Lo ama inmensamente. No sólo es el paisaje cotidiano, es también el compañero de sus aventuras, el proveedor de su sustento, el incentivo de sus sueños, el premiador de sus afanes. Para él es la madre que lo gesta en su seno, el padre que provee su alimento, el amigo que acompaña sus labores, la amante que canta en sus noches. Es el abrazo primero del vientre materno y la tumba acuosa de los que no conocerán el reposo terrestre.

A este Simón y a su hermano Andrés —también pescador— les dice el Señor: “—venid en pos de mí, y yo os haré pescadores de hombres. Y ellos, dejando al momento las redes, lo siguieron—”. (Mt. 4, 18-20; cfr. Mc. 1, 16).

Y nos preguntamos qué es lo que vio Simón en Jesús para dejarlo todo y seguirlo; qué razón impulsó a este pescador maduro a dejar sus redes y su barca. Este hombre del mar, sin duda, encontró en Cristo un océano infinito y profundo que lo invitaba a

adentrarse en su misterio. Vio esas aguas sin límite, ni fondo; y, detrás de ellas, una costa lejana e inasequible que lo atrajo irresistiblemente. En ese nuevo horizonte que se le presentaba, vio el sol del Padre que alumbra, el viento del Espíritu que impulsa, las estrellas de la providencia que en la noche orientan y el puerto deseado que espera el retorno fatigoso para ofrecer la quietud de su amparo.

Y Jesús "entró en la barca de Simón y le rogó que se alejase un poco de la orilla... y cuando terminó de hablar, dio esta orden a Simón: —Entra mar adentro y echa la red para pescar. —Maestro —le respondió Simón—, toda la noche hemos estado trabajando sin descanso y no hemos pescado un pez; pero, si tú lo mandas, voy a echar la red. Y después que la echaron, recogieron tal cantidad de peces que la red casi se rompía... Al ver esto Simón Pedro, se arrojó a los pies de Jesús y le dijo: —Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador... Entonces se dirigió Jesús a Simón y le dijo: —Ten ánimo, de hoy en adelante vas a ser pescador de hombres. Y, después que atracaron las barcas a la orilla, lo dejaron todo para ir en su compañía" (Lc. 5, 1-11).

Ese misterioso e inesperado visitante que invita a seguirlo ofrece un mar más profundo y una pesca más cuantiosa. Y Simón, este hombre que ama el mar, orienta su proa hacia ese destino incierto y, a la vez, seguro para desentrañar con su pesca el tesoro escondido en esas aguas.

Y como en sus días del mar de Galilea, la nueva tarea le ofrece momentos de paz y quietud, y otros de tormenta y zozobra. Siguiendo al Señor, sus ojos verán esa luz radiante en las vestiduras de Cristo transfigurado en el Tabor (Mt. 17,4) y la oscuridad de la noche más tenebrosa, cuando el temor lo lleve a negar tres veces al Maestro (Mc. 14, 66 ss.).

Cuando la calma pacifique la bravura de sus olas será capaz de exclamar ante Cristo: "—Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo—" (Mt. 16, 16). Y cuando los veleidosos oyentes de Jesús dejen su seguimiento por encontrar dura su doctrina, Simón confirmará su adhesión incondicional al Señor diciéndole: "¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Nosotros hemos creído y sabemos que tú eres el Santo de Dios" (Jn. 6, 68-69).

Al arreciar la tormenta, cuando los discípulos intentan prose-

guir su camino en medio de la noche, cuando el viento es adverso y el mar se convierte en ese monstruoso enemigo que todo lo devora, ven al Señor andar sobre el mar y se asustan. No advierten la soberanía de su Salvador. Tienen miedo y el temor los lleva a espantarse, a confundirse diciendo que Cristo es un fantasma. "Pero al punto Jesús les dirigió la palabra, diciéndoles: —Tened valor, que soy yo; no tengáis miedo. Tomando la palabra Pedro, exclamó: —Señor, si eres tú, mándame ir por encima del agua hasta donde estás. —Ven —le contestó él. Y Pedro saltó de la barca y comenzó a andar por encima del agua hacia donde estaba Jesús. Pero viendo la fuerza que tenía el viento, tuvo miedo, empezó a hundirse y dio un grito: —Señor, sálvame. Y al momento Jesús tendió la mano para sujetarlo, mientras le decía: —Hombre de poca fe, por qué dudaste" (Mt. 14, 26-31).

Este hombre cree lo suficiente como para arrojarse en ese mar embravecido y, sin embargo, ante el viento duda. Tiene la generosa rapidez del que sabe dar el primer paso, pero le falta aún la humilde constancia del que persevera. Es que Simón, el hombre del mar, comparte con su medio el ánimo cambiante. Aprendió en las aguas el claroscuro devenir de lo mudable. Conoció en los brazos de su amada el arrullo que adormece y la furia que hiere y asusta. Sus maestros fueron los vientos mutantes que con capricho empujan o detienen la barca en su difícil progreso. Sabe del indeciso peregrinar de las nubes y de las arbitrarias traiciones de las corrientes.

Simón es tan voluble como el paisaje que lo rodea desde siempre. Se arroja en el mar porque cree y se hunde porque duda; confiesa la divinidad de Cristo y, como quien cree tener autoridad sobre él, le censura el hablar de muerte y de cruz (Mt. 16, 22-24); se resiste a que el Señor le lave los pies y le pide que limpie también sus manos y su cabeza. En Getsemani no resiste velar una hora junto a Cristo (Mc. 14, 37) cuando poco antes le aseguró que daría su misma vida por él (Jn. 13, 37).

Este es Simón, el hijo de Juan. Un hombre de trabajo, un pescador, un peregrino. Este es Simón, un navegante que siempre alentó el deseo de enderezar su timón hacia el horizonte para adentrarse en el más allá, un hombre sediento que se ha encontrado con una inmensidad de agua viva que puede aplacar su sed

de infinito. Este es Simón, un marino que en la historia habrá de ser llamado "Pedro" en muchos otros que como él intenten conducir la barca al puerto que para el abrazo la espera. Este es Simón, el hombre del mar.

Capítulo 15

PEDRO, LA ROCA FIRME

A este Simón, a este hombre que asume como propios los vaivenes marinos, Jesús le dice: "tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder de la muerte no podrá contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatares en la tierra, será desatado en el cielo" (Mt. 16, 16-19; cfr. Mc. 8, 30; Lc. 9, 20).

Es curiosa la paradoja de este nuevo nombre de Simón: aquel que acostumbró su carácter al devenir fluctuante de las aguas, debe asumir para sí la solidez y estabilidad de la piedra para ser cimiento de un gran edificio.

Simón, como buen galileo, conoce las piedras como las cotidianas compañeras de todo camino. Su presencia acompaña cada paisaje de Palestina. Las ha visto altivas oponerse a las olas de su lago de Genesaret y ha admirado su firmeza. Como navegante experimentado es consciente del peligro que late en cada pedregal donde el agua oculta la roca que silenciosa aguarda su presa.

Sabe que entre los pueblos vecinos era común rendirles un culto idolátrico (Lev. 26,1; Dt. 16,22; Is. 57,6) y aprendió de sus

padres que el mismo Jacob erigió en Bet-el una estela sagrada (Ex. 35, 1 ss.); sin duda ellos vieron en la piedra la presencia de Dios. Los comprendía. Él, que era un hombre acostumbrado al cambiante rostro del mar, también reverenciaba en la piedra la estabilidad de lo que no se mueve, el signo del ser permanente, de la perfecta cohesión, de la conformidad consigo mismo que no necesita fluctuar para satisfacerse.

La antigüedad de las rocas le sugería la eternidad de ese Dios que existe desde siempre. La majestuosa magnitud de algunas le hablaba de ese alcázar divino del que añoran la seguridad y fortaleza los salmos de David. Su solidez y firmeza le inspiraban el respeto especial de hallarse ante lo incommovible. Se asombraba pensando que si era inalcanzable con la memoria su pasado, tampoco la imaginación podía acceder al arcano de su futuro; el principio y el fin de la roca excedían su capacidad de conocimiento. Su soberana estabilidad se mantendría allí como silencioso testigo del secular devenir de los hombres. Los vientos pulirían su rostro para hacerlo más lozano con el paso del tiempo, y el agua de las lluvias devolverían a su semblante el fresco brillo de la juventud. La antigüedad no dejaría en la piedra la cruel huella de la vejez.

Y la roca también le hablaba del sacrificio, del altar donde se ofrece e inmola la víctima propicia. Había oído decir que en los tiempos anteriores al Templo, los Patriarcas presentaban su ofrenda en una piedra que consagraban a Dios. La roca era para ellos el lugar del encuentro, el puente elevado sobre ese abismo que distancia al Creador de su creatura desde el pecado original. La piedra parecía pertenecer a este mundo, pero también al otro, donde las cosas no cambian, donde el tiempo no marca su huella, donde el ser no se extingue. Sabía que algunas habían caído del cielo y otras surgían del interior de la tierra, por eso en ellas se abrazaba lo eterno y lo temporal, lo celeste y lo terrestre, Dios y el hombre.

En su primera carta, hablando de Cristo, elige el símbolo de la piedra para exhortar a los discípulos diciendo: "acercándonos a él, piedra viva, desechada por los hombres, pero elegida y preciosa ante Dios, también vosotros, cual piedras vivas, entrad en la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, para

ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por mediación de Jesucristo. Pues está en la escritura: He aquí que coloco en Sión una piedra angular, elegida, preciosa y el que crea en ella no será confundido" (1 Pe. 2, 4-6). La piedra es en su prédica el mismo Cristo y cada uno de nosotros en cuanto nos conformamos con él. Los que siguen al Señor construyen con su misma vida un templo, que no es otro que el Cuerpo Místico de Cristo.

Y Simón, este hombre arrebatado y cambiante como el mar, es llamado por Cristo a ser Cefas, la piedra firme sobre la cual se construirá la Iglesia. Será la obra divina enseñarle a conocer su flaqueza para apoyarse sólo en Dios. Comprenderá como san Pablo que, cuando es débil, entonces es fuerte, porque al experimentar su límite y el horizonte de sus fuerzas palpará la virtud de la gracia que lo sostiene.

Simón está demasiado seguro de sí mismo, por eso se niega a enfrentar su debilidad. Y es precisamente su seguridad la que lo hace más vulnerable. Jesús constantemente le explica que debe confiar sólo en Dios. Pero Simón no aprende fácilmente la lección. El Señor le revela: "Simón, Simón, mira que Satanás te busca para zarandarte como el trigo en la criba; pero yo he rogado por ti para que no desfallezca tu fe. Tú, una vez que hayas vuelto, sé la fortaleza de tus hermanos" (Lc. 22, 31-32), pero Cefas no sabe hallar su fortaleza en la oración de Cristo. Simón es de aquellos confiados que no saben comprender la necesidad que todos tenemos de un Redentor. Pertenece al grupo de los que no soportan la idea de necesitar de "otro" para salvarse; de los autosuficientes que no ponen su esperanza en Dios, sino en sus propias fuerzas.

En otra oportunidad le pregunta Simón al Señor: "¿adónde vas? —A donde voy yo —respondió Jesús—, no puedes seguirme ahora; pero ya me seguirás después. Insistió Pedro: —Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Estoy dispuesto a dar mi vida por ti. —¿A dar tu vida por mí? —respondió Jesús—. Te aseguro con toda verdad: No cantará el gallo, sin que tú hayas afirmado por tres veces que no me conoces" (Jn. 13, 36-38). Aún no ha descubierto su flaqueza y por eso le reafirma a Cristo su incondicional disposición para seguirlo. Desde su falta de humildad asegura a Jesús: "aunque fueras piedra de tropiezo para todos, para mí no lo

serás de ninguna manera" (Mt. 26, 33), y una vez más lo confirma diciéndole: "aunque tenga que morir contigo, no te negaré" (Mt. 26, 35).

Llegarán los días de tormenta en que ese mar sereno se abata con furia para hacerle tomar conciencia de la debilidad de su nave, y en esa noche oscura entre todas las noches "una criada se le acercó para decirle: —Tú también estabas con Jesús el galileo. Pero él lo negó en presencia de todos, exclamando: —No sé lo que dices" (Mt. 26, 69-70). Será una pobre mujer dedicada al humilde servicio la que atemorice a este hombre soberbio que creía poder vencer con sus fuerzas todo obstáculo para seguir al Señor.

Y "cuando se dirigía a la puerta, se fijó en él otra criada, que dijo a los que allí estaban: —También éste estaba con Jesús nazareno. De nuevo lo negó, jurando que no conocía a aquel hombre" (Mt. 26, 71-72). En el colmo de su abatimiento jurará no conocer a aquel por quien estaba decidido a entregar la vida. Ese hombre valiente y hasta temerario, que enfrentó las tormentas de su lago de Tiberíades sin doblegarse por el miedo ante la fuerza del viento, empieza a sentirse en un mar demasiado profundo en el que no hace pie.

Y "al cabo de un rato los que allí estaban se dirigieron a Pedro para decirle: —No cabe duda que tú eres de ellos; tu mismo acento te delata. Y comenzó a echar maldiciones, jurando que no conocía a aquel hombre. Y al momento cantó el gallo. Y se acordó Pedro de la palabra que le había dicho Jesús: Antes que cante el gallo, me negarás tres veces; y, saliendo fuera, rompió a llorar amargamente" (Mt. 26, 73-75).

La humedad salobre de esas lágrimas le hicieron recordar los juveniles años junto al mar. Su memoria se transportó a su Cafarnaúm natal para saborear el abrigo de la casa paterna. Allí, en la memoria de esas lágrimas inesperadas, estaban sus redes, sus sueños, sus ilusiones. Allí estaban todos los que habían intentado adelantar su experiencia con la enseñanza. Allí estaba Juan, su padre, que desde muy pequeño lo había introducido en el misterioso arte de la pesca. De él había aprendido a valorar la fresca lozanía del pescado recién arrebatado de su morada.

Desde joven había comprendido la matinal belleza de la ino-

cencia, pero nunca supo descubrir la humilde alegría de la redención. Sabía que los frutos del mar mantenían su aprecio si guardaban su integridad. Amaba encontrar en medio de sus redes cargadas la belleza intacta de los peces, pero cuando los hallaba quebrados o imperfectos volvía a echarlos al mar por no hallar en ellos el resabio de la armonía original que tanto le seducía.

Y la humilde belleza de lo imperfecto, aquello que no pudo aprender de la enseñanza de sus maestros, lo comprendió en la irremplazable escuela de la propia experiencia. Cuando gustó el amargo sabor del pecado, palpó también la dulzura inefable del perdón. Supo entonces que la inocencia aventaja en la integridad, pero la redención supera por la humildad que conlleva. Sólo entonces comprendió tantas enseñanzas de Cristo que en su momento le habían causado un cierto fastidio. Recordó el magnánimo perdón de la adúltera, el amistoso trato con los publicanos, la libra de perfume de nardo derramado en los pies del Señor por una prostituta.

A la sombra de alguna oculta esquina que ofreció asilo a su bochorno recordó la parábola de aquel publicano que desde el fondo del templo, postrado y sin levantar los ojos por sentirse indigno, desde lo más íntimo de su pecho oraba: "Señor, ten piedad de mí que soy un pecador" (Lc. 18, 9-14). Mil veces repitió esas palabras redentoras, y supo que la soberbia no le había permitido comprender nunca que la misericordia de Dios es más grande que el pecado de los hombres.

La redención obró su milagro y Simón, el cambiante hombre de mar, se convirtió en Pedro. Su firmeza dio estabilidad a todos los navegantes, su robustez enfrentó todas las olas de los siglos. Se irguió sereno ante el frío y el viento, y contempló el devenir de las cosas que pasan desde la inmutabilidad de lo eterno. Por eso este hombre que se llamaba Simón, fortalecido por la gracia, pasó a llamarse Pedro, la roca firme sobre la que se construye la Iglesia.

Capítulo 16

JUDAS, EL AMIGO ESPERADO

El Evangelio según san Lucas nos presenta tres parábolas sobre el reencuentro con algo entrañable que se hallaba perdido. Se trata de las parábolas de la oveja descarriada (Lc. 15, 4-7), de la moneda perdida (Lc. 15, 8-10) y del hijo pródigo (Lc. 15, 11-32).

Las tres son similares: algo deseado se ha perdido, eso mismo se reencuentra y la alegría del hallazgo se traduce en la fiesta. Sin embargo, no son idénticas. Si detenemos la atención en la última vemos que a la oveja y a la moneda se las busca, pero al hijo se lo espera. Uno puede encender el candil para barrer la casa hasta hallar la dracma, puede también salir detrás de esa oveja confundida y al encontrarla cargarla sobre los hombros para conducirla con presteza al rebaño; pero a un hijo hay que respetarle la decisión, el hijo es libre.

El hijo pide su parte, aunque nada le correspondía.

El padre vive aún, él es el dueño de todo cuanto posee. Es claro que en esta parábola, el padre da gratuitamente, no está obligado a otorgarle una parte a ese hijo que quiere partir. Con generosidad, el padre reconoce simplemente la autonomía de ese hijo que ha crecido y tiene derecho a elegir su rumbo.

Sin duda el padre ha notado la diferente responsabilidad de sus dos hijos. El mayor siempre está con él y se ha convertido en su mano derecha. El menor parece no descubrir el valor del esfuerzo, pero él sabe que cada uno debe responder de su vida sólo a Dios. Si Dios nos ha dado la libertad hasta el punto de darnos las fuerzas que usamos para pecar, cómo él va a negarle este dinero que le pide para ir a ese país lejano. Y desgarrado por la previsión de un fracaso, acepta su papel de esperar la vuelta del hijo amado.

El hijo malgasta su fortuna en una vida licenciosa. Quiere hallar una felicidad rápida e intensa detrás de los placeres mundanos. Pero los bienes creados no sacian, e incentivado en su avidez cae en el vértigo de querer cada vez más, en la insatisfacción que lleva al abismo.

El hijo experimenta el límite: el placer no lo sacia y el dinero no alcanza para distraerlo de la cruel realidad de su equívoco. Por primera vez se descubre extranjero. Ese país que aceptó con gusto el derroche de su prodigalidad, hoy le da la espalda. Es pobre y está solo. Ahora debe enfrentarse con la dura verdad de la existencia.

El hijo se arrepiente. Comprende lo que nunca antes había entendido. Su memoria evoca como sabrosas las escenas de la infancia que antes experimentó como aburridas e incoloras. Su corazón añoró el abrazo paterno que hasta entonces le resultaba un estorbo. Entonces entendió lo que la sabia experiencia del padre había tratado de transmitirle cuando una y otra vez le explicaba el valor del bien.

El hijo se dispone a volver, ahora sin reclamar nada. Quiere restaurar en lo que sea posible el bien que ha perdido. Si no puede ser recibido como hijo, al menos será el servidor de un hombre honesto que sabrá compadecerse de su miseria. Pero ese padre que dio gratuitamente, no será mezquino ahora.

El padre sabía muy bien que un hijo debe ser esperado. Hay que esperar que el tiempo y la vida transmitan su enseñanza. A veces uno quisiera ser la libertad de los otros, para evitarles el duro aprendizaje por el que se ha pasado, pero es inútil, cada uno debe recorrer su propio camino. Es necesario esperar, pero cuando se lo ve venir en el horizonte, se corre a su encuentro, porque la vuelta no es fácil y el hijo podría desfallecer en su intento.

Esta es la historia de la paciencia de Dios que sabe aguardar nuestro retorno. El ve cómo reclamamos una parte que no nos corresponde, porque todo es del Padre y de su Hijo, Jesucristo; pero gratuitamente nos da la libertad de actuar. Y así, si ve que derrochamos aquello que él mismo nos ha dado, como la mujer de la dracma ilumina nuestra casa, como el pastor sale a buscarnos, y como el padre generoso espera nuestro regreso. Ilumina la casa, no para levantarnos del suelo, sino para que nosotros podamos hacerlo. Sale a buscarnos, no para traernos a la fuerza, sino para abrir un sendero a nuestro propio retorno. Nos espera, porque ante todo respeta el don de la libertad por el que podemos llamarnos sus hijos bienamados.

Esta es la historia de todos los hombres que nos resistimos a Dios. Es la historia de la infinita mansedumbre de un Dios que sabe esperar, que conoce los misteriosos tiempos de la gracia, que sabe del rítmico fluctuar de nuestro ánimo. Esta es, también, la historia de Judas, el amigo esperado, el hijo a quien Dios respetó su independencia.

Nos dice el Evangelio que en aquel tiempo "Jesús se retiró al monte a orar y pasó la noche en oración a Dios. Llegado el día, reunió a sus discípulos y eligió entre ellos doce a quienes llamó apóstoles: Simón, a quien llamó Pedro, y su hermano Andrés, Santiago y Juan, Felipe y Bartolomé, Mateo, Tomás y Santiago, el hijo de Alfeo, Simón, llamado el Zelote, Judas, hermano de Santiago, y Judas Iscariote, que fue el traidor" (Lc. 6, 12-16).

La elección de Judas es fruto de la oración del Señor; no es un acto improvisado, surge de ese mismo diálogo trinitario que todo lo conoce del modo más perfecto. Esa elección es el fundamento del nombre de apóstol que recibe. Judas es elegido como quien ha de ser enviado a evangelizar a los hombres. Su misión será la de prolongar en la tierra la misma misión de Cristo. Apóstol deriva del verbo griego αποστελλω, que significa enviar; Judas también es un emisario, un delegado, un embajador de Cristo ante los hombres.

Pero también recibe el triste nombre de traidor. Siendo uno de los doce, sin embargo es un "demonio". El mismo Jesús, en el evangelio dice: "¿No os elegí yo a los doce? Y aun así, uno de vosotros es un demonio. Hablaba de Judas, hijo de Simón Iscariote,

pues éste le iba a entregar, y era uno de los doce" (Jn. 6, 70-71). Este personaje, llamado a la cercanía de Jesús, había mantenido sus defensas para no dejarse convertir por Cristo. Judas se resistía a la gracia. Estaba absolutamente convencido de que sus caminos eran más aptos para la redención que los que proponía este maestro. Y, ¿por qué lo seguía? Sin duda encontraba en él un poder arrollador, algo que nunca antes había visto. Quizá lo seguía porque confiaba en poder convencerlo en algún momento de que sus ideas serían más eficaces y menos arduas. Pero Jesús parecía cada vez más convencido de lo suyo. Sin duda tenía un gran poder y, sin embargo, predicaba la humildad y la paciencia. Podía multiplicar los alimentos y encontrar monedas en la boca de los pescados, pero enseñaba el camino de la pobreza.

Poco a poco las esperanzas de Judas se van apagando. Cada vez resulta más claro que no se puede servir a dos señores. La distancia en que Judas va reclusando su incompreensión, sin embargo, no parece ser compartida por Jesús. Cuanto más se aleja el discípulo, más se acerca el Señor. No puede seguir engañándose, la opción es clara: debe convertirse o dejar a su maestro.

Pero Judas no parece dispuesto a cambiar. Estando presente en el banquete en que María tomó una libra de perfume de nardo legítimo, de gran precio, y ungió los pies de Jesús, enjugándolos luego con sus cabellos, llenando la casa del olor del perfume, fue él quien dijo: "¿Por qué no se vendió este perfume en 300 denarios y se lo dio a los pobres? Dijo esto no porque le importaran los pobres, sino porque era ladrón, y como tenía la bolsa, sustraía de lo que se metía en ella. Jesús dijo: Déjala; ella tenía que guardarlo para el día de mi sepultura. A los pobres siempre los tenéis con vosotros, pero a mí no me tenéis siempre" (Jn. 12, 3-8).

Ahora el Evangelio lo llama "ladrón", como aquel hombre que administrando los bienes que no le pertenecían, los usaba como suyos. En esto también se parece al hijo menor de ese padre misericordioso del que nos habla el Evangelio según san Lucas. Judas dispone de lo que no es suyo en su propio provecho. Movidado por la torpeza de su orgullo quiere demostrarle al Señor cómo se hacen las cosas. Si Jesús se empeña en seguir con esa doctrina absurda que contradice toda la sabia enseñanza del mundo, él le demostrará cuánto más eficaz es el camino que ha elegido.

“Entonces, Judas Iscariote, uno de los Doce, se fue donde los sumos sacerdotes para entregárselo. Al oírlo ellos se alegraron y prometieron darle dinero. Y él andaba buscando cómo lo entregaría en momento oportuno” (Mc. 14, 10-11). “El les dijo: ¿Que me queréis dar y yo os lo entrego? Ellos le asignaron 30 monedas de plata” (Mt. 26, 15).

“Mientras cenaban, cuando ya el diablo había metido en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, la decisión de entregarle, sabiendo Jesús que su Padre había puesto en sus manos todas las cosas y que él había salido de Dios y a Dios volvía, se levantó de la mesa, se quitó los vestidos, tomó un lienzo y se ceñó. Luego echó agua en la jofaina y comenzó a lavar los pies de sus discípulos y a enjuagárselos con el lienzo que se había ceñido” (Jn 13, 2-5).

Esa noche, Judas sintió de manera especial el efecto de sus tinieblas. Varias veces el rostro amable de ese maestro consiguió enternecerlo, pero él endurecía su corazón. No debía dejarse conquistar por ese hombre absurdo que ahora se arrodillaba frente a él para cumplimentarlo con el más humilde de los servicios. También se habrá turbado cuando Jesús, como leyendo en su corazón, dijo: “en verdad, en verdad os digo que uno de vosotros me entregará” (Jn. 13, 18-21). Siempre sentía que el Señor penetraba sus pensamientos, pero esa noche como nunca antes se sintió desnudo, con esa desnudez de Adán, con esa desnudez que busca la sombra para evitar la vergüenza.

“Muy entristecidos, se pusieron a decirle uno por uno: ¿Seré yo, Señor? El respondió: El que mete la mano conmigo en el plato, ése me entregará. El Hijo de hombre se va, según está escrito de él; pero ¡hay de aquél por quien el Hijo del hombre es entregado! ¡Más le valía a ese hombre no haber nacido!” (Mt. 26, 22-24). Esta tristeza que embargaba el corazón de los apóstoles también se había apoderado del de Judas. Cómo no acongojarse, si todos estaban tristes, cuánto más lo estaría él que sabía lo que su corazón tramaba.

“Los discípulos se miraban unos a otros, sin saber de quien hablaba. Uno de los discípulos, el predilecto de Jesús, estaba reclinado junto a su pecho. Simón Pedro le hizo señas y le dijo: Pregúntale a quien se refiere. El que estaba recostado junto al

pecho de Jesús le dijo: Señor, ¿quién es? Jesús respondió: Aquel para quien yo moje este bocado y se lo dé. Tomó un bocado, lo mojó y se lo dio a Judas, el de Simón Iscariote. Y tras el bocado, entró en él Satanás. Jesús le dijo: Lo que vas a hacer, hazlo pronto. Pero ninguno de los comensales supo por qué le dijo eso. Algunos pensaban que como Judas tenía la bolsa, Jesús le decía: Compra lo que necesitamos para la fiesta, o que diese algo a los pobres. El tomó el bocado y salió en seguida. Era de noche" (Jn. 13, 22-30).

La oscuridad de la noche cubrió por entero la mente de Judas. La mentira se adueñó de su conciencia hasta hacerle sentir que ese consejo de ejecutar con presteza su decisión era una confirmación. Sí, debía actuar con rapidez, esta situación no podía prolongarse más.

Jesús, esa noche, al instituir la Eucaristía, tiene especialmente presente a Judas. Sin duda, esa noche él hubiera querido abrazar en ese sacramento a los hombres de todos los tiempos y lugares; hubiera querido estar presente en los extremos más distantes del universo; pero allí cerca suyo, en el grupo de sus elegidos, un corazón se cerraba a su presencia. Esa noche él quería estar ahí, en el corazón de Judas. Pero una vez más Dios esperó la vuelta de su hijo.

El misterio de esa noche conduce a Jesús hasta el huerto de los olivos, y fue allí donde "Judas, uno de los Doce, llegó, y con él un gran tropel con espadas y palos, de parte de los sumos sacerdotes y de los ancianos del pueblo. El traidor les había dado esta señal: Al que yo bese, éste es; sujetadle. Rápidamente, acercándose a Jesús, dijo: ¡Salve, Maestro!; y lo besó. Jesús le dijo: Amigo, ¿a lo que estás?" (Mt. 26, 47-50). "¡Judas, con un beso entregas al Hijo del hombre!" (Lc. 22, 48). El beso es símbolo de unión y adhesión mutuas, y esa es la clave elegida para la traición. Es la atrocidad del pecado: un beso de la boca de Dios es el que nos ha dado la vida y es un beso del hombre el que pretende matar a Dios.

"Jesús, que sabía todo lo que iba a sucederle, salió y les dijo: ¿A quién buscáis? —A Jesús de Nazareth. Yo soy —les dijo. Judas, el que le entregaba, estaba también con ellos. En cuanto les dijo: Yo soy, retrocedieron y cayeron en tierra" (Jn. 18, 4-6). Judas se en-

frenta a Dios que le revela su nombre. Ese "Yo soy" en boca de Jesús resulta una terrible experiencia. Es la epifanía de Yahvé, es la magnífica eficacia de un nombre ante el cual se ha de doblar toda rodilla.

Recién entonces comprende la humilde majestad de Dios. Recién allí entiende que ese hombre, en apariencia desprotegido, verdaderamente es el que es; mientras que él y toda la cohorte de los sumos sacerdotes caen con motivo de su propio vacío. Aun allí Jesús intenta con esta enseñanza abrir ese corazón endurecido a la conversión. Y "Judas, el traidor, al ver que se le había condenado, se arrepintió y devolvió las 30 monedas de plata a los sumos sacerdotes y los ancianos diciendo: He pecado entregando sangre inocente. Ellos dijeron: ¿A nosotros qué? Allá tú. El tiró en el Templo las monedas y se retiró: y alejándose, se ahorcó" (Mt. 27, 3-5).

La enseñanza del Señor no alcanza su objetivo. Judas experimenta el arrepentimiento y la necesidad de reparación en lo humano, pero no se abre a la misericordia de Dios. Aún hay tiempo, pero Judas se resiste a volver. Pedro, que también ha traicionado al Señor, llora y vuelve a pedirle perdón; pero Judas no sale del encierro de su propia autosuficiencia. Él mismo ya ha determinado su castigo, y será él quien ejecute la pena. Judas no comprende la belleza de la redención. No resiste ver humildemente su error y su pecado, y por eso no sabe volver.

En esto, Judas y Pedro se parecen. Ambos quieren redimirse por su propia fuerza. Pero cuando Dios permite que se enfrenten con la experiencia del límite, Pedro recurre a Dios, mientras que Judas autodetermina su propia sentencia. Sólo Dios conoce el resto de la historia de Judas, el amigo esperado; sólo él conoce ese último intento suyo por recuperar a este hijo perdido. Es posible que de conocerlo nosotros nos abusáramos de su misericordia. Es posible que en el último instante se haya dado el retorno esperado.

Capítulo 17

LA SAMARITANA SEDIENTA

Jesús, el eterno caminante, dirige sus pasos a Samaría, a algún lugar de las afueras de Sicar, a un pozo que bajo el extenuante sol del mediodía aparece como un oasis para el peregrino. El lugar está desierto. Durante la mañana y por las tardes es centro de una enorme concurrencia de mujeres que aprovechan la fatigosa tarea de acopiar agua para intercambiar las pocas novedades de su vida provinciana. Pero a esta hora las samaritanas prefieren el fresco refugio de sus hogares.

Será un pozo providente el escenario de la revelación de un nuevo nombre. Todo pozo es una entrada al interior de la tierra, un camino oscuro y enterrado que arranca de la entraña mineral el don precioso del agua. Aquél es lugar de encuentro, de ingreso a un camino que con certeza conduce a su meta. El pozo es el acceso que con esperanza cierta promete premiar el esfuerzo del sediento.

Allí estás Jesús, fatigado por la dureza del camino y por la impiedad de un sol que abrasa. Allí está junto a un pozo demasiado profundo para alcanzar la dulzura de sus aguas. Allí está

gozando de la sombra de algún árbol misericordioso, bendiciendo la nobleza de esas ramas que lo arropan con su fresco abrazo. Del árbol no se detiene en alabar el verdor de sus hojas, ni la tortuosa robustez de su tronco. Con los ojos de su alma se entierra profundo para alcanzar la raíz que nadie ve ni pondera y la fuente de donde bebe su lozanía. Y junto a la raíz enterrada repara su fuerzas en un manantial escondido que sólo él conoce.

Allí está Jesús; los apóstoles han ido al pueblo a buscar algún alimento que restaure su cansancio. Pero no está solo, nunca está solo. Su Padre le está entregando todo su amor para que él se lo devuelva. Todo el don recibido es convertido en una alabanza. El sol que madura las mieses, la fresca sombra que alivia el estival bochorno, el rumor distante de ese pozo escondido, la laboriosidad constante de la raíz oculta se convierten en parte misteriosa del diálogo trinitario. "Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas a sabios y prudentes y las has revelado a los pequeños. Sea así, Padre; porque esa ha sido tu voluntad. Todas las cosas ha puesto el Padre en mis manos. Nadie conoce al Hijo sino el Padre; como nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo quiera darlo a conocer" (Mt. 11, 25-27).

Jesús prolonga su oración al fresco amparo de ese árbol: Te alabo, Padre, por este sol bendito que a los hombres les habla de tu paternidad calida y luminosa; te bendigo porque en medio del día proyectas sobre cada cosa el abrazo protector de la sombra para enseñar que tu calor no quema y tu luz no encandila; te doy gracias por ese pozo inagotable que imperceptible transita las venas de la tierra para mantener el ritmo de la Vida; te glorifico por toda raíz que se hunde en la fría y negra tierra para fecundar en flor y fruto. Su oración hace ingresar el árbol, el sol y el manantial en el flujo y reflujo de amor que entre el Padre y el Hijo entreteje el Espíritu Santo.

Allí está Jesús, sumido en la recepción y donación total del amor trinitario, recordando que sólo él conoce al Padre y a aquellos a quienes él quiera dárselo a conocer, y su corazón colmado de la contemplación de tanta belleza quiere derramarla sobre todos los hombres. Entonces sí, siente algo parecido a la soledad. Como hombre vuelve a sentir la primigenia unicidad de Adán que teniendo la amistad de Dios y la compañía de toda la

naturaleza necesita del igual para comunicarle su gozo. La naturaleza con inconsciente sabiduría conoce sin comprender el don de Dios; sólo el hombre, por tener sus ojos abiertos al espíritu, puede dar una respuesta que surja del libre convencimiento.

Bajo ese árbol que lo cobija añora el diálogo con el hombre. Ese arte que Platón comparó con el de la partera que sabe sacar a luz lo que escondido se oculta en el interior de esa tierra fecunda, como las aguas del manantial de ese pozo. Entonces, en el horizonte aparece como en la primera mañana la figura de una mujer. Como una nueva Eva, la samaritana viene a acompañar la soledad de este nuevo Adán. Con el cántaro y el alma vacía se acerca al pozo una mujer de Samaría.

El sol del mediodía hiere con sus rayos esa figura velada que se acerca presurosa al pozo que Jacob entregara a su hijo José. Sus pasos demuestran el apuro con que quiere salvar su retraso. Debió salir más temprano, pero esa mañana todo pareció complicarse. Ahora debe apresurarse, en su casa un hombre espera el frescor de su agua y el alivio de su compañía. Sus ojos divisan a lo lejos un hombre que descansa junto al pozo, pero eso no la detiene. Los hombres no la asustan, los conoce demasiado. Está muy apurada. Supone que ese peregrino judío habrá de retirarse apenas la vea para no contaminarse con su contacto. Extrañada por la pasividad de ese extranjero que parece no haber notado su cercanía se llega hasta el pozo dándole la espalda.

Jesús rompe su mudez y le dice: "dame de beber..." (Jn. 4, 7). Comienza así un diálogo imprevisto entre Jesús, que quiere comunicar el manantial de Vida que procede del Padre, y la samaritana, que está apurada por seguir su camino. Ella no ha venido a consultar a un maestro, ella no quiere cambiar de vida, ella sólo quiere un cántaro de agua con que calmar su sed y la del hombre que la espera.

La samaritana no quiere detenerse y se defiende con la astucia de una objeción política: los judíos no alternan con los de su pueblo. Pero Jesús le dice: "si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: 'dame de beber', seguro que se la pedirías tú, y él te daría agua viva" (Jn. 4, 10). Es el nuevo Adán que quiere comunicar a Eva la existencia de un fruto que verdaderamente los hará como dioses. Es la historia de la redención que hace brotar en ese árbol protector un brote de vida nueva.

Pero la samaritana no quiere seguir el juego de este hombre que retrasa su propósito y le presenta una objeción práctica. Cómo va a darle agua viva si no tiene con qué sacarla. El pozo es hondo, tan hondo como su ansia, tan profundo como su pecado, tan inalcanzable como su inocencia.

Jesús, dirigiéndose a la samaritana como a la primera mujer, le explica que el fruto del árbol que ella busca deja más que antes hambriento, y le anuncia que él tiene para comer un fruto desconocido y prodigioso (Jn. 4, 32). "El que beba del agua que yo le dé, nunca jamás tendrá sed. El agua que yo le dé, se convertirá en él en manantial que brote hasta la vida eterna" (Jn. 4, 13).

La mujer sospecha que este hombre ejerce sobre ella un poder de atracción extraordinario y sin comprender aún qué es lo que tiene para darle le pide esa agua que la libraría del agobiante menester diario de ir a buscarla. No parece haber captado la realidad de la gracia; sin embargo, ha dejado de defenderse. Aquel extranjero que quería demorarla parece tener algo interesante que ofrecerle. Quizá ha olvidado la prisa que la urgía. Quizá este inesperado encuentro pueda depararle algo más deseable que el reencuentro con el hombre que la espera.

Jesús, que aguarda la primera oportunidad para dar a conocer al Padre, reconoce en ella la disposición suficiente para enfrentarla con su pecado. Sin enrostrarle su culpa, suscita de ella misma la confesión de que el hombre con quien vive no es su esposo. Y la alienta diciéndole: "ya tienes razón en decir que no tienes marido; porque has tenido cinco y el que ahora tienes no es tuyo. En eso has dicho la verdad" (Jn. 4, 17-18).

También, como Eva, la samaritana al descubrir su desnudez corre a esconderse tras un arbusto. Ahora que sabe que está ante un profeta quiere ocultarle su vida, y con sagacidad femenina le plantea una objeción litúrgica para distraer su atención. Sabe que está ante un hombre extraordinario, pero no quiere que se meta con su vida, por eso le presenta un problema que no la compromete: "nuestros antepasados adoraron a Dios en este monte; pero vosotros decís que es en Jerusalén donde se lo debe adorar" (Jn. 4, 19).

Como Dios buscó a Adán entre el follaje que pretendía es-

conderlo, Jesús sigue a esta Eva que se oculta tras sus artimañas y la invita a adorar a Dios en espíritu y verdad.

Entonces ella confiesa lo que hay en el fondo de su alma: "sé que viene el Mesías; cuando venga él, nos hará saber todas las cosas" (Jn. 4, 25). La samaritana reconoce, por fin, la necesidad de un Salvador. Sabe como Eva que algún día de su misma stirpe nacerá quien ha de aplastar la cabeza de la serpiente. Sabe que su Redentor vive e intuye su cercanía. Sabe que él le enseñará todo, como este extranjero que le ha dado a conocer al Padre. Y aquella profesión que aún no puede hacer ella la completa Jesús: "ese soy yo, el que te está hablando" (Jn. 4, 26). La samaritana le revela cuál es la sed que la atormenta: conoce su límite y añora el infinito. En cada amor ha querido saciar su sed, pero nunca se ha satisfecho. Su esperanza está en aquel Redentor que aguarda.

La llegada de los apóstoles parece interrumpir este diálogo en el que ya está todo dicho. Esta mujer deja el cántaro y va a comunicar lo que ha visto y oído a sus hermanos. Deja el cántaro porque su vida ha cambiado, porque esta mujer sedienta ha aplacado su sed en un manantial escondido. Porque buscando saciar su sed de infinito en los muchos amores, ahora ha descubierto el Amor.

Cómo podremos llamar a esta mujer de Samaría que errante mendigaba sólo un poco de agua para calmar una sed que siempre renacía insatisfecha. Su nombre habrá sido "Sedienta", pero desde ese mediodía inesperado su nombre trocó en "Saciada".

Capítulo 18

LA MUJER REDIMIDA

Ese día, de madrugada, cuando la luz disipa con su sola presencia las tinieblas de la noche, Jesucristo se dirigió al Templo para enseñar al pueblo. Estando allí, irrumpen con la altivez acostumbrada los escribas y fariseos. Conducen con violencia a una mujer que, empujada delante de Jesús, queda en medio de todos.

Alguno con gesto solemne y afectada obsecuencia le explica al Señor la situación: "esta mujer acaba de ser sorprendida en adulterio" (Jn. 8, 4-5). Pero Jesús, que todo lo sabe, reserva su opinión con un reverente silencio que exaspera la impaciencia de los denunciantes.

Estamos frente a un silogismo perfecto. Tenemos una premisa mayor con una ley general: "Moisés manda lapidar a tales personas". En efecto, la ley mosaica castigaba con la pena de muerte el adulterio (Ley 20, 10; Deut. 22, 23 ss.); aun cuando por la frecuencia de los casos y el distinto parecer de los romanos, que se reservaban para sí la imposición de la pena capital, esta costumbre no se observaba en tiempos de Jesús. La premisa menor también es clara: "esta mujer acaba de ser sorprendida en flagrante adulterio". Existe evidencia, por tanto, de que esta mujer ha incurrido en aquella conducta que condena la norma. La conclusión exigida por la lógica es evidente: esta mujer debe ser lapidada.

Pero el Señor guarda un discreto silencio. No es hora de hablar cuando los otros se cierran a escuchar. El Señor conoce el supremo precio de su palabra y la reserva cuando el auditorio parece no valorarla. Calladamente levanta los ojos y descubre la monumental estructura de ese templo construido para manifestar su presencia en medio de su pueblo. Esa casa magnífica, ese lugar del encuentro del hombre con Dios, ese sitio que como ningún otro es su propia morada. No sólo conocía cada piedra, sabía también la escondida historia que guardaba cada una de ellas. Conservaba en su mente el misterio de cada ofrenda, de cada oración, de cada alabanza. Allí había habitado en medio de un pueblo que le ofrecía sacrificios, pero le negaba su corazón. Allí le había presentado tantas víctimas impuras por la arrogancia del donante. Allí, antes de observar en sus padres la piadosa virtud de la religión, conoció ese lazo desproporcionado que intenta unir dos extremos desparejos. Esa era la casa de Dios que descendía su mirada sobre el hombre y del hombre que elevaba sus ojos hacia su Creador.

Bajando su vista dirigió los ojos al suelo y vio aquella mujer humillada, arrojada allí como ofrenda humilde y despojada. Con sacerdotal unción elevó al Padre una plegaria para ofrecerle esa pobre hostia. Para evidenciar el infinito abajamiento de la víctima escribió con tierra las palabras de este holocausto: Padre, aquí está lo que me has entregado. La pequeñez de esta pobre mujer es tan grande que no puede levantar los ojos para mirarme; y, sin embargo, su nobleza es tan alta que al mirarla no puedo dejar de encontrarte. Allí estás Tú, allí está el sello indeleble de tu poder, allí está esa obra magnífica que aunque opone su voluntad a tu plan salvador, no puede dejar de glorificarte. Recibe lo que siendo tuyo no puede ser arrebatado.

Todo está en su lugar. Dios, que es rico en misericordia; el hombre, consciente de su limitación; Cristo, sacerdote eterno, mediador entre Dios y los hombres ofreciendo una pobre víctima de carne con palabras de barro; el altar de Israel en medio de su Templo. Allí, Cristo eleva esa hostia despojada de riqueza para que Dios la fecunde con la suya.

Jesús recuerda entonces los alegres días primeros de Caná de Galilea, cuando en medio de una fiesta ofreció al Padre las tinajas

de agua de esos esposos poco previsores. Aquí también tenía un poco de agua para entregar al Padre. Aquí le inmolaba esta vida sin color, sin sabor y sin perfume. Como el agua de las hidras, la vida de esta mujer comenzó a entintarse y lo incoloro se encarnó en el rojo más subido, lo insípido se sazonó sabroso y aquello que no tenía olor se perfumó con el aroma que alegra sin embriagar. El milagro de la redención que no conoce el límite de la cualidad transformó una existencia aguada en un vino nuevo.

La memoria de Jesús lo condujo a través del agreste verdor de las praderas de Tiberiades. Allí, también en medio de un banquete, ofreció al Padre otro horizonte humano; no ya la estrechez de la cualidad, sino la mezquindad de la cantidad. Se recordó elevando como hostia cinco pobres panes y dos peces. El número era ínfimo, ridículo si se quiere en orden a alimentar a una multitud de cinco mil hombres. Allí estaba esperando sólo en el poder de Dios. Y esa pobre canasta de pan endurecido pareció tiernizarse. Y cada límite de esa mujer se extendió, y cada una de sus fronteras se prolongó, y sus murallas se derribaron, porque el milagro de la redención tampoco conoce el obstáculo de la cantidad. Por eso esta hostia insuficiente alcanzó y sobró holgadamente.

Y se pobló la mente del Señor con cada víctima ofrecida, y todo lo recibido del Padre pasó por su memoria en el momento en que le era devuelto. Y en el Templo de Jerusalén toda la creación se convirtió en una ofrenda que aceptada y retribuida al insertarse en el movimiento de amor que hace de Dios una trinidad de personas era redimida.

Pero la insistencia de los escribas y fariseos le recuerdan que no está solo. Allí está el pueblo que en sus manos ha dejado un holocausto que el Padre ha aceptado propicio. Y enfrentando a cada uno con su pecado (Jn. 8, 7) vuelve a inclinarse para escribir esas maravillosas palabras de barro que acompañarán la ofrenda de todos estos hombres también limitados. Elevó cada corazón endurecido y la estrechez de cada conciencia soberbia que no reconoce en todo pecado un adulterio.

Y volvió a presenciar el milagro de la redención que con divina eficacia despertaba en cada hombre la sensatez dormida del arrepentimiento. "Y empezando por los más viejos, se retiraron uno tras otro hasta los últimos" (Jn. 8, 8). El recuerdo del propio

pecado abrió paso a la indulgencia de la compasión. Cada hombre recordó la alianza esponsal que obligaba su fidelidad a Dios. Cada uno recordó las muchas idolatrías que guardaba en un corazón que tenía esposo y dueño.

Y allí quedó sólo el Redentor y la redimida. La asamblea entera se retiró del Templo para dejar a solas al sacerdote con el altar y la víctima. Y Cristo hizo de su Cuerpo un altar y asumió en él cada piedra del Templo viejo para formar con sus propios miembros un Templo nuevo en donde la ofrenda nunca dejara de entregarse. Y también con su Cuerpo hizo una hostia y adhirió a él cada holocausto para unirlo a su entrega. Y viendo en esta mujer adúltera parte de su propio Cuerpo, asumiendo él la culpa reconoció en ella la inocencia.

“E incorporándose Jesús, le preguntó: —Mujer ¿dónde están? ¿nadie te ha condenado? —Nadie, Señor— le respondió. —Pues tampoco yo te condeno— añadió Jesús —Vete. Y de ahora en adelante no peques más—” (Jn. 8, 10-11). El milagro de la redención se ha consumado: Dios ha perdonado el pecado, por eso esta mujer que hasta ahora era llamada por todos la “adúltera” desde entonces se la conoció como la “redimida”.

Conclusión

AL FIN SERÁ EL ABRAZO

*Al fin será la paz y la corona,
los vítores, las palmas sacudidas
y un aleluya inmenso como el cielo
para cantar la gloria del Mesías.*

*Será el estrecho abrazo de los hombres,
sin muerte, sin pecado, sin envidia;
será el amor perfecto del encuentro,
será como quien llora de alegría...*

HIMNO DE VÍPERAS DEL DOMINGO DE PASCUA

Posiblemente esta búsqueda de nuestro verdadero nombre haya sido estéril. Me excuso recordando que en la misma introducción advertí que el intento de develar este misterio se hallaba frustrado de antemano por nuestra incapacidad natural de agotar las razones que sólo Dios conoce. Pero, si he de ser franco, creo que en realidad lo que me absuelve de haber conducido al lector a la caza de una presa existente, pero inalcanzable, es que en este caso el fruto no está en haber alcanzado nuestro objetivo, sino en haber reconocido su existencia.

¿Y cuál será la ventaja de reconocer la existencia de un nombre que nos define y que sólo habremos de conocer cuando Dios nos lo revele? El fruto de esta toma de conciencia será la paz y la esperanza.

Todos los hombres tendemos a la felicidad, pero ésta, entendida como la plena satisfacción de todas nuestras aspiraciones, sólo se dará en el cielo. La razón es simple: nuestra naturaleza, abierta al infinito, sólo puede saciarse en Dios. En la tierra lo más parecido a la felicidad es la paz. Ésta no busca la plena satisfacción de las aspiraciones, sino que se sacia en el simple contentamiento. La paz no espera la plenitud, se satisface en lo suficiente. La paz, en su modestia, no busca poseer, sino que se contenta con administrar. La paz no necesita entender, sino vislumbrar; no aguarda comprender, sino contemplar.

Con esta descripción de la paz, podría creerse que la paz es una satisfacción propia de los pusilánimes. Pero no, en realidad es propio del magnánimo la aspiración infinita junto a la resignación por lo limitado. Por eso la modesta paz se complementa perfectamente con la más audaz de las esperanzas.

Ahora bien, el reconocer el misterio del propio nombre nos traerá como fruto la paz con Dios, con nosotros mismos y con nuestros hermanos.

La paz con Dios será fruto de nuestra aceptación de lo que él nos ha dado. De haber podido hacerlo, posiblemente hubiéramos elegido otro nombre para nosotros mismos. Pero Dios nos revela que esto que somos, como algo "dado", anterior a la construcción que nosotros mismos o el mundo exterior haya podido modificar, limita de manera inmovible la realidad que nos expresa. La paz con Dios, lo que acostumbramos llamar "resignación cristiana", es algo más que la impotente aceptación de algo que nos supera. La paz con Dios es la filial sumisión a su voluntad. Es la actitud del niño que sabe que su padre conoce su bien mejor que él mismo, lo quiere más que él, y lo puede alcanzar con mucha mayor eficacia.

Por eso, reconocer el misterio de nuestro propio nombre nos permitirá estar en paz con Dios. Cada una de esas letras con las que Dios fue entrelazando un nombre que sólo él conoce, son fruto de la mayor dilección. El amor de un Padre bueno es el

origen de esa historia que entreteje para mí un nombre absolutamente único. La resignación de ser quienes somos, entendida no como la pesada incapacidad de ser de otra manera, sino como la alegre aceptación de un misterio de amor que nos constituye como algo que no debe ser de otra forma, traerá como primera consecuencia la paz con aquel que es, sin duda, el primer responsable de nuestra existencia.

El segundo don de la aceptación del misterio de nuestro propio nombre será la paz con nosotros mismos. Ciertamente, no es Dios el único responsable de nuestra historia. Nosotros también sentimos nuestra responsabilidad como artífices de nuestro propio camino. Somos conscientes del don de la libertad que nos hace de alguna manera "creadores" de nosotros mismos. La conciencia tantas veces nos felicita por elegir aquello que cree apropiado; otras tantas nos reprocha lo que considera incorrecto según sus principios. Pero más allá del juicio de nuestra propia conciencia que intuye nuestro nombre, está el de Dios que lo sabe.

No debemos dejar que nuestra conciencia determine el propio concepto que hemos de tener de nosotros mismos. Dios, que ha impreso en nuestro entendimiento el don de los primeros principios y le ha dado a la razón el don del discurso que florece en el juicio, nos ha vedado sin embargo el juzgar a las personas (Mt. 7, 1-5). Nuestro juicio debe dirigirse a determinar la bondad o maldad de los actos, pero no la intención de las personas. Podemos decir sin duda que el homicidio es un mal, pero es un misterio para nuestra inteligencia el determinar la malicia del homicida.

Por eso, el dejar en manos de Dios también nuestro propio juicio nos dará paz. Sólo él contempla el misterioso rostro que verdaderamente nos expresa. Sólo él conoce esos rasgos interiores y ocultos a nuestra propia consideración. Sólo él es testigo de aquel nombre que no sólo nos describe, sino que nos define en lo más íntimo de nuestra propia esencia.

El descansar nuestro propio nombre en el juicio de Dios podría llenarnos de terror, pero esa no es la enseñanza de nuestra fe. San Juan nos dice en su primera carta que "en esto ha llegado el amor a su plenitud con nosotros: en que tengamos confianza en el día del juicio, pues como Dios es, así somos nosotros en este

mundo. No hay temor en el amor; sino que el amor perfecto expulsa el temor, porque el temor mira al castigo; quien teme no ha llegado a la plenitud en el amor" (1 Jn. 4, 17-18). El nombre con el que Dios nos conoce surge de un corazón de padre.

Nosotros hemos de utilizar la razón que Dios nos dio para juzgar nuestras obras, incentivando las buenas y corrigiendo las malas; pero el juicio de nosotros mismos estará en manos de Dios. Él sabe por qué esa extraña química aleó misteriosamente en nosotros los elementos que nos constituyen. Él sabe el porqué del tiempo y del espacio, el porqué de la raza y de la nación, el porqué de la condición social y económica, el de la familia, de la educación, etc. Si Aquél que conoce todos estos misterios me ama hasta el extremo de dar la vida por mí, mi nombre ha de ser ciertamente amable, y por eso no debo de dejar yo de amarlo.

El tercer fruto será la paz con mis hermanos. En primer lugar con aquellos que han participado de la conformación de esto que soy yo mismo. Entenderé entonces que la presencia de todos los que han rodeado mi crecimiento tiene un providencial sentido en este misterio de amor que yo no comprendo. Sabré que aun aquellos que han entorpecido mi camino han tenido la oculta misión de estar allí donde yo necesitaba encontrarme con un obstáculo.

Pero la paz no solamente permitirá mi abrazo con aquellos otros cercanos que participan de mi historia. La reconciliación obrará su efecto con todos los hombres. El reconocer mi propio nombre como un misterio exigirá el reconocimiento del arcano escondido de cada nombre. El descansar mi propio juicio en Dios me llevará a dejar en sus manos el juicio de todos los hombres, porque sólo él conoce la misteriosa historia de cada nombre.

El cuarto fruto será la esperanza de conocer algún día el misterio de mi propio nombre. Será entonces cuando la paz obtenga su corona, cuando la paz se convierta en alegría, en la alegría del encuentro. Será, entonces, el eterno abrazo de los hombres. Ese abrazo que, aun sin saberlo, buscamos detrás de cada abrazo insatisfecho. Ese abrazo que será el encuentro con el sentido de cada nombre, de cada historia, de cada signo.

Entonces, junto con Pedro, todos exclamaremos: "Señor, qué bien se está aquí, hagamos tres carpas" (Mc. 9,5), con la esperanza de hacer infinito ese instante presente. Entonces, la sombra de un futuro incierto no atemorizará la posesión del gozo con un porvenir ausente. Allí, en ese abrazo eterno, la alegría presente será el único futuro posible. Allí se realizará el amor perfecto del encuentro. Cada cosa encontrará su propio nombre y al descubrirlo entenderá su providencial sentido. Allí entenderemos qué bien ha hecho Dios las cosas. Y ese abrazo será eterno, sin ninguna sombra de desencuentro.

INDICE

| | |
|--------------------------------------------|----|
| Prólogo | 7 |
| Introducción | 9 |
| <i>Capítulo 1</i> | |
| Acceso al misterio del propio nombre | 15 |
| <i>Capítulo 2</i> | |
| Un nuevo nombre | 21 |
| <i>Capítulo 3</i> | |
| Adán, el armonioso | 27 |
| <i>Capítulo 4</i> | |
| Adán, el peregrino | 33 |
| <i>Capítulo 5</i> | |
| Guíame, luz benigna | 39 |
| <i>Capítulo 6</i> | |
| Abraham, nuestro padre en la fe | 43 |
| <i>Capítulo 7</i> | |
| Moisés, el amigo de Dios | 49 |

| | |
|-----------------------------------------------|-----|
| <i>Capítulo 8</i> | |
| David, el humilde cantor de Yahvé | 55 |
| <i>Capítulo 9</i> | |
| Jesús, la verdad que nos ilumina | 61 |
| <i>Capítulo 10</i> | |
| Jesús, la puerta que nos abre a la vida | 67 |
| <i>Capítulo 11</i> | |
| Jesús, el amante verdadero | 71 |
| <i>Capítulo 12</i> | |
| María, mujer renovada | 75 |
| <i>Capítulo 13</i> | |
| José, el silencio elocuente | 81 |
| <i>Capítulo 14</i> | |
| Simón, el hombre del mar | 87 |
| <i>Capítulo 15</i> | |
| Pedro, la roca firme | 93 |
| <i>Capítulo 16</i> | |
| Judas, el amigo esperado | 99 |
| <i>Capítulo 17</i> | |
| La samaritana sedienta | 107 |
| <i>Capítulo 18</i> | |
| La mujer redimida | 113 |
| <i>Capítulo 19</i> | |
| Al fin será el abrazo | 177 |

Se terminó de imprimir en diciembre de 1995
en los **Talleres Gráficos EDIGRAF S.A.**,
Delgado 834, Buenos Aires, Argentina.



El autor de este libro, Pbro. Eduardo Pérez del Lago, con sensibilidad y conocimiento, se ha colocado en la encrucijada de múltiples proyecciones culturales de Oriente y Occidente que se concentran en el tema del nombre y al que ha dado plenificación el pensamiento y la práctica cristiana. Se ha constituido de este modo por su obra en un testigo de nuestros tiempos oscuros de desacralización, pero también momento de manifestaciones promisorias de lo sagrado y, entre estas notas, no es el signo menor el de la revitalización de la voluntad de ecumenismo entre las religiones. Ha sabido, por lo tanto, captar un indicio que parecería discordar entre las pautas que pretenden dominar el espectro cultural, y gracias a ello calar en la profundidad excepcional que representa la singularidad universal de la sabiduría de nombre único, exponiendo varios de los aspectos de su inusitada riqueza. El libro, siguiendo el consejo pedagógico de San Agustín de informar, complaciendo y conmoviendo al que atiende, sin proponérselo, incita las inquietudes dormidas de todo lector. De esta manera será posible que aparezca en su interior la originalidad inédita del nombre propio, el que anhela brillar con su propia luz, es decir, como la manifestación clara de quien en el origen lo evocó, por la individual responsabilidad y empeño.

FRANCISCO GARCÍA BAZÁN



Nuevohacer
Grupo Editor Latinoamericano